

ANIMORPHS

6



La captura

K. A. Applegate

Lectulandia

Ya fue terrible cuando Jake descubrió que su hermano era uno de ellos. E incluso peor cuando Tobías permaneció en su forma demasiado tiempo. Pero no hay nada que se pueda comparar a los horrores que los Animorphs están a punto de afrontar. Nada.

Jake, Rachel, Tobías, Cassie y Marco imaginan el lugar donde los Yeerks tienen su nueva base instalada, e incluso han pensado en una forma de entrar: ¿quién notaría la presencia de unas moscas sobre la pared? Pero lo que no habían pensado, era que tal vez pudieran ser descubiertos. O qué Jake podría caer en el estanque Yeerk. Que Jake pudiera convertirse en un controlador humano. En un Yeerk. En un enemigo.

Lectulandia

K. A. Applegate

La captura

Animorphs #06

ePub r1.1

Sharadore 23.12.13

Título original: *The Capture*
K. A. Applegate, Febrero 1997
Traducción: Raquel del Pozo
Diseño de portada: Sharadore

Editor digital: Sharadore
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Michael

1

Me llamo Jake, Jake a secas. No tenéis por qué saber mi apellido, de todas formas tampoco os lo puedo decir. Mi vida está plagada de pequeñas mentiras. He cambiado los nombres de personas y lugares y algún que otro detalle insignificante.

Pero una cosa sí es cierta: los yeerks y su terrible conspiración para adueñarse de la Tierra. Están aquí y han convertido a mucha gente en controladores. ¿Que cómo lo consiguen? Introducen sus repugnantes cuerpos de gusano en los cerebros de los humanos y les obligan a ser sus esclavos, es decir, sus controladores. Eso sí es verdad.

Hay controladores por todas partes: en mi ciudad, en la vuestra, o en el rincón más remoto del planeta. Y lo que es peor, cualquiera puede ser uno de ellos: el policía de tu esquina, tu profesor, tu mejor amigo, tu madre, tu padre e incluso tu hermano.

Lo sé porque mi hermano Tom es uno de ellos. Sí, Tom es un controlador, un esclavo de los yeerks. Si él supiera quién o qué soy en realidad, me mataría o me convertiría en un controlador como él.

Éste es el mundo en el que vivo, un mundo donde el enemigo siempre acecha, incluso sentado en la mesa frente a mí, a punto de desayunar, un sábado por la mañana, momento en el que empieza precisamente esta historia.

—¡Hola, enano! ¿Qué te cuentas? —me preguntó al sentarme a la mesa. «Enano», así es como suele llamarme, aunque en realidad estoy bastante alto para mi edad y ya casi lo alcanzo, pero es una broma que ya dura años. Ya sabéis lo que pasa entre hermanos.

—Pues ya ves —contesté—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Tengo una reunión. Ya no me acordaba.

—¿En La Alianza? —pregunté con la mayor naturalidad posible.

La Alianza es en teoría un grupo compuesto por chicos y chicas *scouts*, pero en realidad es la tapadera utilizada por los controladores que cuentan incluso con una directiva formada por controladores de alto rango.

—Sí, hoy nos toca limpiar el parque, ya sabes, como un servicio a la comunidad y todo ese rollo. Pero después haremos una barbacoa —me miró muy serio— deberías hacerte socio, así pasaríamos mucho más tiempo juntos.

Sentí náuseas pero intenté disimular el asco que me producía sólo pensarlo. Sabía que el que hablaba no era Tom sino el yeerk que tenía alojado en el cerebro, el yeerk que pretendía adueñarse también de mi cuerpo y usarlo como portador de uno de sus repugnantes compinches.

Mientras estaba allí sentado, frente a mi hermano, me preguntaba si alguna vez me vería obligado a destruir a mi hermano que, en realidad, ya no era mi hermano o, al menos, había dejado de serlo hacía algún tiempo.

—Sí, quizás algún día me anime y me apunte —repuse y pensé para mí «Cuando las ranas críen pelo». A continuación me serví unos cereales y les añadí un poco de leche.

—Entonces, ¿vas a estar fuera toda la mañana?

—Sí, toda la mañana, y además mamá y papá se han ido a jugar al tenis, así que tienes la casa entera para ti. ¿Por qué no das una fiesta?

—¡Ja, ja! —contesté y seguí comiendo los cereales.

Me hubiera gustado gritarle que estaba enterado de todo, que sabía lo que era y lo que hacía, al menos en parte, porque lo había estado espiando. Sabía que iba ascendiendo rápidamente en la jerarquía de La Alianza. Mi hermano era un controlador muy leal y, en efecto, el yeerk de su cabeza había subido de categoría.

Días atrás había descubierto que mi hermano formaba parte de un nuevo plan, un plan muy importante que yo debía impedir, incluso si...

—Bueno, enano, que te vaya bien —se despidió Tom, del modo en que lo hacía siempre.

—Lo mismo te digo.

Esperé a que Tom se fuese. Era el momento perfecto. Estaba solo en casa, aún así comprobé habitación por habitación que no hubiera nadie. Después saqué la caja de cerillas del cajón de mi escritorio y oí el ruido de unas patas escarbando en su interior. Abrí la tapa y me estremecí.

Allí dentro había una cucaracha bien grande, oscura y brillante, que debía medir más de dos centímetros. Movía las antenas frenética. Intentó escabullirse de la caja, pero se lo impedí con la mano. Sentí el cosquilleo de las antenas al frotar contra la palma de la mano. La cucaracha empujaba, quería salir.

Metí dos dedos en la caja para obtener un mejor contacto con la cucaracha. Al notar su tacto duro y eso no pude evitar un escalofrío.

Me concentré en la cucaracha, pensé en ella y la dibujé mentalmente. Entonces el animal dejó de moverse y languideció, como es costumbre siempre que adquieres las moléculas de ADN de un animal.

Absorbí el modelo de ADN de la cucaracha que pasó a formar parte de mí. Ya tenía en mi cuerpo el modelo genético o ADN de muchos otros animales: un tigre, un delfín, una pulga, un halcón, una trucha y un anolis verde, que es una especie de lagarto.

Pero quizá sea mejor que antes os ponga en antecedentes: mis amigos y yo tenemos la facultad de transformarnos en cualquier animal que toquemos. Ese poder nos lo concedió un príncipe andalita justo antes de que lo mataran los yeerks.

Y os puedo jurar que he surcado el cielo con las alas extendidas a más de ciento cincuenta kilómetros por hora, que he sido un delfín atrapado en una batalla mortal contra tiburones, que he sentido la fuerza extraordinaria del tigre y que he sufrido la

terrible pérdida de mi yo, el vacío y el horror infinitos encerrado en un cuerpo de hormiga.

Es un poder que nos otorgó el príncipe andalita moribundo para que nos enfrentáramos a los yeerks, pero también era el mecanismo de defensa del andalita y, como toda arma, entraña un peligro y puede llegar a ser mortal.

En esos momentos me estaba preparando para convertirme en cucaracha, sería el modo ideal de infiltrarse en el nuevo edificio ocupado por la sede de La Alianza. La directiva se iba a reunir allí en un par de días y yo no quería perderme el acontecimiento, aunque los yeerks habían aumentado la vigilancia en los últimos días porque adivinaban que nosotros andaríamos cerca.

Los muy tontos aún no saben que somos humanos. Creen que somos un grupo de guerreros andalitas porque en todas las ocasiones en que hemos atacado, lo hemos hecho una vez transformados, y están convencidos de que los únicos seres que pueden mutar son los andalitas.

Y os puedo asegurar que les hemos complicado bastante la vida.

Tom, mi hermano, ¿sería capaz de destruir a mi propio hermano?

—No tienes que decidirlo ahora —pensé en voz alta—. Lo importante ahora es comprobar si funciona la transformación.

Lo único que debía hacer de momento era convertirme en cucaracha.

2

La cucaracha no es mi animal preferido pero era una transformación perfecta para colarse en un edificio vigilado. Las cucarachas pueden ir a todas partes. Seguro que ya te habrás dado cuenta.

Saqué a mi perro, *Homer*, al patio y corrí las cortinas de mi habitación para que estuviera lo más oscura posible.

«Hay que ver en qué ocupo mi tiempo libre», murmuré para mí.

Se me pasó por la cabeza llamar a Marco para que viniera a casa.

Él es mi mejor amigo. Él fue a quien se le ocurrió el nombre de «Animorph».

«No» me dije. «Tienes que hacerlo tú solo».

Los otros estaban cansados porque días atrás lo habíamos pasado bastante mal. Habíamos visto demasiadas señales de peligro y por eso necesitábamos descansar y ocuparnos de nuestras obligaciones habituales, como por ejemplo el colegio.

Desde que nos hemos convertido en Animorphs nuestras notas han ido de mal en peor. Además, era asunto mío porque se trataba de mi hermano.

Respiré profundamente, tomé fuerzas y llené os pulmones de aire una vez más.

«Muy bien Jake —me dije—, adelante».

El primer error que cometí fue permanecer de pie enfrente del espejo. Aunque estaba a oscuras, había luz suficiente para percatarse de los cambios que experimentaba mi cuerpo.

Fue un grave error porque las metamorfosis nunca son agradables, la verdad. Y lo que es peor: son siempre impredecibles. De hecho, si presenciaras una transformación sin saber a qué es debida, estarías gritando dos semanas seguidas.

Sentí que encogía, que caía al vacío y no llegaba nunca al final. Observaba cómo mi cuerpo disminuía en el espejo, y lo cierto es que no era tan horrible como yo lo sentía. Lo que sí resultaba espantoso en el espejo era la imagen de mi piel, que empezó a cubrirse de un caparazón compacto de olor marrón.

—¡Ahhh! —grité asustado.

Mis dedos se difuminaron para formar una única pata de insecto con varias articulaciones, y de la cabeza me brotaron unas antenas interminables y que acababan curvándose hacia atrás, como peinadas por el viento.

Mi cintura menguó y el extremo inferior de mi cuerpo se infló para componer el abdomen de un insecto: hinchado, amarillo tirando a marrón y anillado, como una especie de muñeco Michelin.

Entonces, cuando ya mi tamaño no sobrepasaba los treinta centímetros, sentí que se disolvía el resto de mis huesos, para ser exactos, lo oí. De hecho, al encoger, mi columna había rechinado y, de repente, escuché un crujido producido por mis órganos internos al perder su soporte óseo.

Mi cráneo también se derritió. Fue el último sonido que oí con claridad ya que las orejas y el sentido auditivo humanos desaparecieron.

Me había convertido en un saco de órganos sueltos, prácticamente sordo y medio ciego puesto que los ojos disminuían y las imágenes del cristalino resultaban cada vez más borrosas.

Mi exoesqueleto se endurecía por segundos, y se hacía más rígido y fuerte. Dos alas brillantes y crujientes me cubrieron la espalda y se superpusieron en los extremos como piezas metálicas de una armadura.

De pronto, me brotaron unas patas adicionales de lo que antes era el pecho. Me había convertido en un bicho de unos doce centímetros de largo, más bien achaparrado, con algunos pelos todavía que se iban desintegrando y unos ojos diminutos que aún conservaban algo de humano.

No resultaba especialmente atractivo, para nada.

Fue entonces cuando perdí los ojos, aunque enseguida me di cuenta de que todavía veía, claro que no de la misma manera que un humano.

Tenía la sensación de estar rodeado por una extraña montaña ondulada: era mi ropa, pero ¡qué diferencia! La percibía azul, verde y gris, más o menos. La verdad es que resulta muy difícil describirla con exactitud. Además no distinguía nada de lejos, mi visión abarcaba sólo unos centímetros y lo que alcanzaba a ver parecía desperdigado en miles de imágenes fragmentadas. Veía porciones de enormes paredes fibrosas que no eran sino mis calcetines, y túneles oscuros compuestos por gruesos bloques de hormigón que no eran otra cosa que las perneras de mis pantalones vaqueros.

Los hilos de la alfombra semejaban enormes cuerdas de color gris verdoso a las que mis peludas y articuladas patas de cucaracha se garrarían para desplazarse.

Sentí cómo la mente del animal salía a la superficie. Ya había experimentado aquello mismo otras veces, pero siempre es diferente, depende del animal. A veces se manifiesta como una punzada de energía incontrolable y miedo que domina tu mente, hasta tal punto que temes volverte loco.

No era el caso, no sentí ni un hambre voraz ni miedo. La cucaracha estaba tranquila, segura, carecía de preocupaciones.

Me eché a reír, mentalmente claro, porque ya no tenía boca ni garganta, ni ningún otro órgano que pudiera producir risa alguna.

Había estado muy tenso, a la espera de que la cucaracha mostrara todos sus miedos, toda su energía y, sin embargo, lo único que deseaba el animal era descansar. La única orden que la mente de la cucaracha enviaba era la de echarse una siesta.

«¡Bien! —exclamé para mí. Ya sé que es repugnante, y que a Marco y a los otros les dará un asco tremendo, pero cuando les cuente lo fácil que es controlar...»

¡UNA VIBRACIÓN!

¡Alerta!, ¡alerta! ¡En guardia! ¡Prepárate!
¡LUZ! ¡LUZ! ¡LUZ! ¡LUZ!

3

¡Huye! ¡Escóndete de la luz!

Imaginaos que participáis en una de esas carreras de coches, la de las quinientas millas de Indianápolis por ejemplo, sólo que, en lugar de estar sentado en el interior de un bólido, os han colocado atado debajo de él de manera que vuestra nariz queda a un centímetro del suelo, y que vais a unos doscientos setenta kilómetros por hora.

Así me sentía yo. Mis patas de cucaracha se movían como las del *Correcaminos* de los dibujos animados.

Salí disparado de la montaña de ropa y crucé la alfombra como un cohete. Alguien había encendido la luz de mi habitación y al instante la mente de la cucaracha perdió su seguridad anterior.

¡Zaasss!, me movía a cuatro kilómetros por hora, lo cual es muy rápido para medir sólo dos centímetros.

Vibración... vibración... vibración... que se extendía por mis patas. Los pasos de alguien que caminaba pesadamente sacudían el suelo. El diminuto cerebro de la cucaracha reconocía su significado: algo muy muy grande se acercaba...

Iba a por mí. ¡Corre!

¡Zuuuumm!, crucé la alfombra y, de pronto, me topé con una pared.

¿Arriba? ¿A la izquierda? ¿A la derecha? ¿Por dónde?

Vibración... vibración... vibración...

¡Un momento! ¡Allí había una grieta! No parecía muy grande pero tal vez lo suficiente para salir del paso. No, demasiado pequeña, imposible pasar por ahí.

Quizá sí. Rocé el suelo con la parte inferior de mi cuerpo y rasqué el rodapié de madera con una de las alas marrones y duras que me cubrían la espalda, ni siquiera tuve necesidad de aflojar la marcha para realizar esa tarea.

Me había metido en la pared. ¡Ja! Aquella cosa enorme que sacudía el suelo jamás me atraparía. Allí estaba a salvo.

Descubrí una especie de clavija, a mi vista parecía tan gruesa como el tronco de un árbol, que sobresalía de la madera y se introducía en el interior de la pared.

La rodeé sin problemas. A ambos lados de mi cuerpo había unas líneas rectas de luz brillante que parecían prolongarse hasta el infinito y que no eran más que rendijas del rodapié por donde se colaba la luz. En uno de los extremos distinguí una especie de tablillas gruesas y relucientes de bordes irregulares que penetraban en la pared; me encontraba en el borde del suelo de la cocina.

Por encima de mí, aparecieron otras luces de forma circular y menor intensidad: eran los agujeros de entrada de las tuberías.

¡Aaaahhhhh!

¡Algo se mueve! ¡Y está muy cerca!

¡Qué asco! Es una cucaracha.

«¡Cálmate, Jake! —me ordené a mí mismo—. Tú también eres una cucaracha».

De todas formas no me hacía ni pizca de gracia vérmelas cara a cara con una cucaracha de mi mismo tamaño. Las antenas de mi nuevo amigo hicieron su correspondiente reconocimiento: me palparon todo el cuerpo e incluso se entrelazaron con las mías durante unos segundos.

Nos dijimos hola en el idioma de las cucarachas, aunque en realidad no era «hola» sino más bien algo así como, «Vaya, así que tú también eres una cucaracha».

En la oscuridad de la pared me sentía más seguro.

Aquel miedo irracional había desaparecido. La luz repentina y las vibraciones habían sido las causantes de todo. Y aunque todavía me llegaban algunas vibraciones, las percibía muy lejos.

Bueno, ya había sido suficiente por aquel día. Era hora de buscar un sitio seguro, volver a mi estado natural y averiguar quién había entrado en mi habitación.

¿Por qué habría entrado alguien? Unos minutos antes me habría pillado en medio de la mutación. ¿Qué tonto había sido!

¿Dónde podía transformarme? ¿En el garaje?

Sí, en el garaje no había espejos y si algo tenía claro es que no quería presenciar aquella metamorfosis por segunda vez.

El camino más fácil era atravesar la cocina y salir por la puerta trasera.

Me encaminé hacia la grieta brillante que tenía delante de mí y que daba a la cocina. Me encaramé en el saliente del suelo y asomé la cabeza y las antenas justo por debajo del rodapié. Las vibraciones llegaban desde muy lejos, probablemente desde alguna otra habitación.

Salí de la grieta y lo primero que vi fue un enorme cañón que se prolongaba hacia arriba, Sin dudarlo empecé a subir entre las dos paredes paralelas separados sólo por unos centímetros.

¡Claro! ¡Era la nevera! Estaba detrás de la nevera y, por supuesto, uno de los lados del «cañón» era la pared de la cocina, y el otro, la parte de atrás de la nevera. Alguien debería barrer ahí detrás, había pelotas de polvo del tamaño de un sofá.

Todo estaba controlado. Empezaba a comprenderlo. Tenía que seguir el rodapié hasta la siguiente pared, y girar a la derecha para encontrar la puerta. Muy bien, todo iba sobre ruedas.

De repente choqué contra una estructura del tamaño de un granero. Parecía uno de esos antiguos puentes revestidos.

«¡Bah! Alguna caja de cerillas vieja», pensé, y entré ayudándome con mis seis patas articuladas.

Un momento. Había dejado de avanzar.

¿Qué narices...?

Intenté correr... nada, ¡me había quedado pegado!

Lo intenté de nuevo y logré liberar una pata, pero las otras seguían inmovilizadas. Pero ¿qué estaba pas...?

Mis antenas palpaban frenéticas el terreno. ¡Oh no! Se habían quedado pegadas también.

No me podía mover. Estaba completamente inmóvil, atrapado.

—¿Y entonces? —inquirió Rachel— ¿Qué es lo que era? ¿Cómo te quedaste atrapado?

—Apuesto a que lo adivino —aventuró Marco con una risa irónica, que es su manera característica de sonreír—. Jake «entró, pero no salió», ya sabéis a qué me refiero: al «hotel».

—En efecto, el Hotel KuKal —asentí—. ¿No os acordáis del anuncio de televisión? «Hotel KuKal, descanso letal. Y la cucaracha entró pero no salió jamás».

Pues sí señor, me metí en una de esas estúpidas trampas mata-cucarachas y me quedé pegado. Chicos, fue horrible, no me podía mover, no podía hacer nada. Me sentía como un completo inútil.

—Jake, ¿por qué no te dedicas a hacer anuncios para la compañía? —sugirió Marco—; Harías furor, ya lo estoy viendo: «el increíble chico cucaracha». Sería un buen negocio.

Se nos había hecho tarde en el granero de Cassie. Estábamos todos: Rachel, Marco, Tobías, Cassie y yo. Como de costumbre el lugar estaba abarrotado de jaulas de alambre que contenían diferentes animales: conejos, zorros, un ciervo recién nacido, águilas, zarigüeyas, tórtolas... todos ellos heridos o enfermos y algunos muy recuperados y listos para volver a casa.

Allí estábamos, haraganeando entre fardos de heno y montañas de sacos de pienso, a excepción de Tobías que se había posado en uno de los travesaños del techo, ya sé que suena un poco raro, pero ya te contaré su historia más adelante, y Cassie, que estaba dando de comer a los animales.

A todos les había parecido divertida mi experiencia como cucaracha, menos a Cassie que me lanzó una mirada desaprobadora.

—Me sorprende que precisamente tú hayas sido tan imprudente.

Tenía toda la razón, y yo lo sabía. Sin embargo, me puse tozudo y le llevé la contraria.

—Sólo quería comprobar si ese animal sería de utilidad en el futuro.

Cassie no se creyó ni una palabra. Dejó el cubo que llevaba en el suelo, se quitó los ásperos guantes de trabajo, se acercó a mí y, cuando estaba a menos de medio metro, me hizo un gesto amenazador con la mano.

—Oh, oh —susurró Marco de manera que todos lo oyéramos—. Me temo que Jake está en un apuro.

—Se ha metido en un buen lío —corroboró Rachel.

—Jake —prosiguió Cassie— no lo vuelvas a hacer. Ya sé que tú eres algo así como el jefe, pero escúchame bien, ni se te ocurra volverlo a hacer. No vuelvas a probar una metamorfosis nueva tú sólo. ¿Me oyes?

—Cassie, yo solo quería...

—¡Chsss! Me da igual lo que quisieras. ¡No lo vuelvas a hacer!

<Um, Jake, creo que ha llegado el momento de decir «como tú digas»;> intervino Tobías comunicándose conmigo por telepatía, como siempre hacemos cuando estamos transformados.

—De acuerdo, Cassie, lo siento —admití agachando la cabeza.

—Vaya, demos la bienvenida a la nueva Cassie. Me gusta el cambio. ¡Doy mi aprobación! —dijo Rachel tras soltar un silbido de admiración.

—Todavía recuerdo a la dulce Cassie del pasado —añadió Marco—. Nunca hubiera imaginado que tuviera esa potencia de voz, además ¡fijaos!, parece a punto de practicarle una llave de kung fu.

Cassie los ignoró y me lanzó una mirada de complicidad que sólo ella y yo entendíamos. Yo sabía lo que significaba: «Me importas mucho. No hagas tonterías». Yo le contesté con otra mirada que decía: «Ya lo sé. A mí también me importas».

Ya, ya sé que suena un poco cursi, pero Cassie, yo y los demás hemos pasado por tanto juntos que nos hemos hecho muy amigos.

Cassie es una persona asombrosa. Tiene un montón de responsabilidades que desempeña a la perfección. Por ejemplo, su granero es la Clínica de Rehabilitación de la Fauna Salvaje dirigida por su padre, que es veterinario al igual que su madre. La clínica es una manera de ayudar a animales salvajes heridos. Admiten a todas las especies, desde gaviotas hasta mofetas. Pues bien, Cassie ayuda a su padre en todas las tareas excepto en la de operar, aunque apostaría a que también sabe hacerlo.

En cuanto a su aspecto físico, es muy guapa y más bien bajita. Me llega a la barbilla, pero, claro, yo soy bastante alto. De todas formas no es una de esas bajitas debiluchas, ya sabéis. Al contrario, es muy fuerte. Tampoco es presumida.

Cuando pienso en ella casi siempre me la imagino vistiendo un mono y un par de botas para el trabajo del granero.

Supongo que la mayoría de los chicos opinaría que Rachel es mucho más guapa. Como es mi prima, yo no pienso en ella de esa manera, pero es cierto que parece una de esas *top models* rubias. Sin embargo no es la típica cara bonita, qué va, justo lo contrario. Allá donde hay peligro, está Rachel, y, por supuesto, abriendo paso.

Marco dice que Rachel disfruta con lo que nos está pasando y que en el fondo está contenta con el cambio que nuestras vidas han experimentado desde aquella noche en que nos tropezamos en aquel recinto de obras con la nave del príncipe andalita herido. Marco siempre la llama «Xena, la princesa guerrera».

Así es Marco, de todo hace broma, excepto de su familia, o mejor dicho, lo que queda de ella. Es un chico bajo de ojos oscuros y pelo largo de color castaño oscuro. Cassie dice que hay muchas chicas en el colegio que lo consideran guapo. Yo no sabría qué decir.

La mayor parte del tiempo Marco y yo estamos discutiendo. Según él, yo soy demasiado serio, pero para mí él es demasiado infantil. No estamos de acuerdo en casi nada. Por ejemplo, intenta convencerme de que el baloncesto universitario es mejor que el de la NBA. ¡Y qué más! Por favor. ¿Qué se puede hacer con alguien así? No tiene remedio. Resumiendo, cuando él no acaba con mi paciencia, acabo yo con la suya.

Pero, por encima de todo, es mi mejor amigo y lo ha sido desde que éramos bebés.

Haría lo que fuera por él y sé que él también lo haría por mí, eso sí, sin parar de quejarse. ¿Dejará de quejarse algún día?

Ya sólo me queda Tobías para completar nuestro original quinteto. Tobías era el típico niño rubio, de carácter dulce y soñador. También tenía unos problemas familiares terribles. Pero eso forma ya parte del pasado. En aquel momento estaba posado en uno de los travesaños del techo del granero y se arreglaba las plumas de las alas con el pico.

¡Vaya pico!, es formidable. Acaba en una especie de gancho curvado y terrorífico que le sirve para rasgar las ratas, ratones y todos los pequeños animales que caza. Tobías es un ratonero de cola roja y me temo que será así para siempre.

Veréis, hay un problema en esto de las mutaciones y es que existe un límite de dos horas. Es decir, si permaneces transformado más de ese tiempo, te quedas así para siempre.

Por eso Rachel me preguntó:

—¿Cómo lograste escapar antes de que se cumpliera el límite de tiempo? Por lo que veo eres humano otra vez.

—Por decirlo de alguna forma —añadió Marco.

—Bueno —contesté al tiempo que me encogía de hombros— pues permanecí allí durante un buen rato revolviéndome pero sin ningún éxito. Me había quedado bien pegado. Sin embargo no estaba todo perdido, porque, mientras estaba allí, me di cuenta de que podía interpretar algunas de las vibraciones que me llegaban. Eran voces, gente hablando.

—¿Qué gente? —inquirió Marco.

—Mis padres. Mi padre se había torcido el tobillo jugando al tenis y por eso habían regresado antes de lo previsto. Habían sido ellos quienes habían entrado a mi habitación a buscar una venda que guardo en uno de los cajones. Y, claro, habían encendido la luz. ¿Qué otra cosa podía hacer? No iba a quedarme convertido en cucaracha el resto de mi vida, y sabía que mis padres estaban arriba, en su habitación, así que me transformé.

<Un momento, pero ¿no estabas detrás de la nevera?> preguntó Tobías por telepatía.

—Sí, y había muy poco espacio, pero según iba creciendo iba empujando la nevera. Por un momento creí que iba a morir asfixiado. Y justo en ese momento, cuando ya casi era humano de nuevo, va mi madre y entra en la cocina.

Mis amigos se inclinaron hacia delante como si no hubieran oído bien.

—¿Cómo? —exclamó Cassie— ¿tu madre entró en la cocina? ¿Qué vio? ¿Qué dijo?

—Bueno, lo único que podía ver era mi cabeza y para entonces ya era normal, así que me preguntó: «¡Jake! ¿Se puede qué haces ahí detrás con la caja del Hotel Kukal en la cabeza?».

Todo el mundo estalló en carcajadas. Marco se paró enseguida y me miró de lado, como siempre hace cuando sospecha que escondo algo.

—Muy gracioso, Jake —comentó Marco— pero no nos has dicho por qué te convertiste en cucaracha, y no me vengas con el cuento de que era simple rutina.

Dejé de reírme. Tarde o temprano se lo iba a tener que decir.

—Está bien, escuchad, me he enterado de algo que os interesará: mi hermano es cada vez más importantes entre los yeerks. Creo que ocupa el puesto por debajo de Chapman.

Rachel soltó un silbido.

Chapman es el subdirector de nuestro colegio y también el controlador de más rango que conocemos.

—Tom adopta todas las precauciones para que ni mis padres ni yo nos enteremos de nada —proseguí— pero he averiguado que utiliza nuestro teléfono de vez en cuando, y también sé a quién llama: lo he comprobado con la re-llamada automática del teléfono.

—¡Genial! —celebró Marco—. ¡Jake, te estás convirtiendo en un superespía! ¡Esa sí que es buena! —se burló.

<¿Y a quién llama Tom?> preguntó Tobías.

—A médicos. Se ha puesto en contacto con cinco médicos. Lo he comprobado en la guía telefónica. Además, los cinco trabajan en la Clínica Berman, incluso en la misma sección del edificio. Berman es uno de los médicos con los que Tom se pone en contacto.

Transcurrieron unos minutos hasta que mis amigos asimilaban la información.

—Un momento —observó Rachel— ¿estás diciendo que los yeerks se han hecho con el control de un hospital o al menos de una parte? ¿Para qué iban a querer ellos un hospital?

Vacilé antes de contestar porque no estaba seguro de estar en lo cierto, quizá todo era fruto de mi propia paranoia. Sin embargo Marco, que sabe más que nadie de paranoias, ya lo había adivinado.

—¿No lo veis? Van a utilizar los hospitales para infestar los cuerpos de los

pacientes. Un día ingresas para que te saquen las anginas o para que te pongan la escayola en un brazo roto y al día siguiente cuando sales eres un controlador.

5

Tom volvió a casa tarde esa noche. Olía a humo de hoguera y a salsa de barbacoa.

Mi madre, mi madre y yo estábamos todavía cenando. Esa noche había pollo a la parrilla con patatas y verduras. Mi padre había colocado su tobillo dañado sobre un taburete.

—¿Cómo fue la limpieza, Tom? —le preguntó mi madre en cuanto mi hermano entró en la cocina—. Ha salido en las noticias.

—Bien —contestó, y se sentó frente a mí— hemos llenado dos contenedores de basura, ramas secas y cosas por el estilo. ¿Y eso? ¿Qué te ha pasado en la pierna papá?

—Intenté darle a la pelota desde una posición muy difícil y me torcí el tobillo —contestó mi padre con una mueca de dolor.

—¿Has comido bien? —le preguntó mi madre a Tom.

—¡Uf! —exclamó y se dio unas palmaditas en el estómago— hamburguesas, perritos calientes y pollo, aunque no tan bueno como el tuyo.

—En realidad hoy ha cocinado tu padre. Es una nueva modalidad: marcas un número de teléfono, encargas la comida y en una hora te la traen a casa.

—Bueno, pero calenté la salsa en el microondas yo solito —añadió mi padre—. Eso también es cocinar.

—¡Qué bien! —exclamó mi hermano guiñándole un ojo a mi madre— seguro que la comida de la barbacoa estaba mucho más buena que la de papá. Me alegro de haber comido allí.

—Muy bien, pues acabas de quedarte sin postre —anunció mi padre— pastel de queso de Santorini.

—¡Oooh! ¿De Santorini? —se quejó Tom—. Lo retiro, no he dicho nada, te lo pido de rodillas, te lo suplico. Me encantan los pasteles de Santorini.

Homer entró en la cocina, presentía que era la hora de las sobras.

—¡Hola, *Homer*! —lo saludó Tom y le rascó detrás de las orejas. El perro puso su expresión habitual, entre feliz y tonta, con la mirada perdida y la lengua colgando.

Era una escena absolutamente normal: una familia sentada a la mesa y cenando. Nadie sospecharía la verdad, nadie podría imaginar jamás que en la cabeza de mi hermano estaba alojado un extraterrestre, una criatura de otro planeta.

El otro día le pregunté a Ax cómo funcionan los yeerks. Ax es el andalita que rescatamos del fondo del mar y que ahora ya es uno de los nuestros. Como decía, le pregunté cómo puede vivir un gusano yeerk en la cabeza de una persona y él me lo explicó.

Al parecer, los gusanos se aplanan y se cuelan por entre las grietas y ranuras del cerebro humano, su cuerpo se licúa por todo el espacio libre hasta envolver el cerebro

y enganchar sus neuronas a las neuronas humanas.

Tom se percató de que lo estaba mirando fijamente.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué? —contesté sacudiendo la cabeza para salir de mi aturdimiento—. ¡Ah, nada! es que estaba pensando en una cosa.

—Me estabas mirando fijamente la frente.

—¿De verdad? —repliqué y solté una risa mientras intentaba ganar tiempo para buscar una respuesta divertida—. Vaya, hubiera jurado que me había quedado en blanco mirando al vacío... Claro que entre tu cabeza y el vacío no hay mucha diferencia.

Funcionó porque Tom agarró un trozo de pan y me lo tiró, pero yo lo paré justo antes de que me diera en la cara.

Por un momento nos miramos fijamente.

—No arrojéis comida —ordenó mi padre— no está bien.

—No te preocupes —añadí—. Tom no es lo bastante rápido para alcanzarme. Ha perdido facultades, ya no es tan rápido como antes.

—No me provoques, enano —me advirtió Tom arqueando una ceja. Yo me limité a sonreír.

—Antes, cuando estabas en el equipo de baloncesto, eras mucho más rápido. Supongo que estar todo el tiempo con tus amigos de La Alianza haciendo barbaocas y comiendo ensalada de patata te ha hecho perder reflejos.

En los viejos tiempo Tom no lo hubiera consentido, jamás hubiera permitido que lo retase y que encima me saliera con la mía. Me habría hecho una llave, me habría agarrado bien fuerte, y sólo me habría soltado cuando suplicara perdón.

Pero se limitó a esbozar una sonrisa incierta y fría.

Quizá fuera porque mi hermano ya no era el mismo, o tal vez era yo el que había cambiado. Hubo un silencio de varios minutos y mis padres, que empezaban a sentirse incómodos, se pusieron a hablar de cualquier cosa.

—Tengo que hacer deberes —dije al fin. ¿Puedo levantarme de la mesa?

—Sí, pero vuelve luego para el pastel de queso —recordó mi madre.

—No entiendo que tienes en contra de La Alianza —me soltó mi hermano, que me había pillado subiendo las escaleras— hay muchos chicos de tu colegio que se han hecho socios.

—Nunca me han atraído los clubs.

—¿Ah, no? Pues no critiques lo que no conoces. ¿Se puede saber qué hacías hoy que era tan importante mientras yo limpiaba el parque?

Me detuve y me giré para verle la cara. Yo estaba un escalón más arriba, así que quedaba a su misma altura.

—¿Yo? No gran cosa, estaba con Marco.

—Tu ruina —añadió mi hermano—. Hay otras actividades mucho más divertidas que salir por ahí con Marco, mucho mejores que pertenecer a un equipo de perdedores. Hay otros asuntos, asuntos importantes... como formar parte de algo... más grande... y no ser tan sólo un niño insignificante.

Me miró como si quisiera desvelarme cosas increíbles y abrir todo un mundo nuevo ante mí. Yo podía formar parte de algo más grande, más importante.

Supongo que ese tipo de monsergas funciona con algunas personas. Ése debe ser el primer paso para captar portadores voluntarios, así convencía La Alianza: hablando de las grandiosidades más gloriosas, más interesantes, y uno podía tomar parte en ella.

Ser parte de ellas.

—Gracias, Tom —le contesté— pero no quiero ser parte de nada. Prefiero seguir como hasta ahora y ser simplemente un niño insignificante e independiente.

Durante un segundo mi hermano se descubrió la máscara porque dejó entrever una expresión de pura arrogancia y desprecio, la arrogancia y el desprecio yeerk. Me lanzó una mirada que parecía decir: «Tarde o temprano serás nuestro, tú y todos los débiles como tú».

Después la expresión desapareció y Tom se encogió de hombros como si no hubiera pasado nada.

Me fui a mi habitación para hacer los deberes. Luego bajé a la cocina y comí un trozo de pastel de queso con mis padres y mi hermano. Éramos una familia feliz, veíamos la tele mientras devorábamos el pastel.

Aquella misma noche volví a soñar lo mismo. Era un sueño que se repetía casi cada noche.

6

—Es increíble que vayamos a probar una forma nueva —se burló Marco— nunca lo hacemos. Simplemente, cuando llega la hora, nos transformamos y si la experiencia termina en desastre nos apañamos como podemos.

—Tenemos que practicar —señalé— porque nos vamos a convertir en espías y nuestro objetivo será escuchar lo que dicen. Lleva un tiempo aprender a utilizar los sentidos de la cucaracha para interpretar correctamente los sonidos.

—Esto va a ser una fantástica película de terror o, por lo menos, un libro —se burló Marco—: *El hombre cucaracha*.

Nos encontrábamos en el piso nuevo de Marco. Era la primera vez que lo usábamos para una metamorfosis. Ahora que el padre de Marco se ha incorporado al trabajo se han mudado a un sitio mejor y a Marco ya no le da vergüenza invitarnos a su casa.

Como iba diciendo, el padre de Marco se iba a quedar trabajando hasta tarde en su nuevo empleo. Ojalá le dure y las cosas empiecen a cambiar. El pobre Marco ha sufrido mucho con su familia.

—¿Creéis que es posible morir de un susto? —preguntó Cassie—. ¿O que algún día nos demos tanto asco que ya no queramos seguir viviendo?

Si ya se me revolvió el estómago al tocar una cucaracha, ¿Cómo voy a resistir convertirme en una?

—No te pongas cerca de un espejo —sugerí— ni mires a los demás mientras se están transformando.

<¿A los humanos les dan miedo estos animales?> preguntó Ax.

Es asombrosa la rapidez con que nos habíamos acostumbrado a que Ax, una criatura de otro planeta, estuviera con nosotros. Apenas me daba ya cuenta de que era un andalita, es decir, un cruce entre un ciervo azul, un humano sin boca, una cabra con los ojos situados en el extremo de unas antenas y un escorpión.

Del escorpión sólo conservaba la temible cola rematada en una especie de hoja de guadaña. Los andalitas chasquean la cola tan rápido que su movimiento escapa al ojo humano.

Me senté al borde de la cama de Marco, Tobías se acomodó en la parte interior de la ventana con semblante fiero y malhumorado, aunque eso, por supuesto, no quería decir que lo estuviera.

Y para situación rara, aquella: allí estaba yo con un extraterrestre, mi prima, mi mejor amigo y Cassie, todos listos para convertirse en cucarachas excepto Tobías, claro, y yo. Pero lo más asombroso era que ya no me parecía raro.

Los observé mientras empezaban a transformarse, pero llegó un punto en que tuve que apartar la vista porque me daba un asco tremendo. Cuando miré de nuevo,

descubrí cuatro cucarachas en la alfombra.

<Muy bien —dijo Marco por telepatía— ya somos insectos. Acabemos con esto de una vez por todas porque, si os digo la verdad, no me veo capaz de resistirlo mucho tiempo.>

—Muy bien —contesté—. ¿Podéis oírme?

<Venga, estamos listos. Di algo> contestó Marco a través del pensamiento. Sin embargo, resultaba casi imposible distinguirlo de las otras tres cucarachas, eran todas iguales.

—Hola —dije más alto esta vez.

<Un momento, he notado algo> informó Cassie

—Tobías, diles que era yo.

<Ha sido Jake —les comunicó Tobías por telepatía—. Ha dicho «hola».>

<Muy bien Jake. Repítelo, di «hola» otra vez> indicó Marco.

—Hola.

<Sí, he percibido algunas vibraciones> confirmó Cassie.

—Hola.

<Me ha parecido escuchar algo parecido a un «hola»> adivinó Cassie.

<Jake —intervino Marco—. Repite conmigo, «soy muy tonto». A ver si lo percibo.>

—Eres muy tonto.

<Muy gracioso —contestó— no he oído bien lo que has dicho pero me lo imagino.

Estuvimos como una hora practicando cómo traducir las vibraciones del lenguaje humano tal y como había hecho yo cuando me quedé atrapado detrás de la nevera.

Mientras volvían a su estado natural, miré hacia otro lado. No necesitaba más argumentos para mis pesadillas, ya tenía bastante con los extraños sueños que había estado teniendo en los últimos días.

Cassie es la que mejor se transforma del grupo, mejor incluso que Ax, que al fin y al cabo es un andalita. No sé cómo lo hace, pero es capaz de controlar a la perfección el proceso. Recuerdo aquella vez que nos transformamos en pájaros y logró mantener las enormes alas durante unos segundos, cuando ya había recuperado su cuerpo. Le quedaban fenomenal.

Sin embargo, ni siquiera Cassie podía hacer nada para parecer más atractiva en forma de cucaracha.

Era repulsivo, lo miraras por donde lo miraras.

<¡Qué animales tan maravillosos tenéis en este planeta!> alabó Ax una vez recuperada su forma normal, si es que se le puede calificar de ese modo, viéndolo allí de pie en la habitación de Marco.

—Las cucarachas no son maravillosas —corrigió Rachel al tiempo que le recorría

un estremecimiento—. Lo siento pero no me ha hecho ninguna gracia convertirme en una.

—Son fáciles de manejar —señaló Marco— comparadas con las hormigas.

Intercambiamos una mirada, habíamos tenido una experiencia horrible con las hormigas. No creo que nadie esté dispuesto a repetirla, la verdad.

—Para esta misión no hace falta que vayamos todos —observé.

—He dicho que las cucarachas son asquerosas —se justificó Rachel— no que no vaya a hacerlo. Tenemos que averiguar qué está pasando en el hospital y la mejor forma es colándose en la reunión de la directiva de La Alianza. ¿Qué mejor que transformarnos en cucarachas? Se acabó la discusión.

Miró alrededor con expresión beligerante. Como si desafiara a todo aquel que no estuviera de acuerdo con ella.

—Sí, pero lo puedo hacer yo solo —insistí.

—Pero ¿qué te pasa? —inquirió Rachel con enfado—. Recuerda, somos los cinco mosqueteros, uno para todos y todos para uno. Bueno, los seis mosqueteros — corrigió al mirar a Ax.

<¿Qué es un mosquetero?> preguntó Ax.

Nadie le respondió. Todos me miraban como si hubiera hecho algo malo.

—En otras circunstancias yo estaría a favor de que no participásemos todos — aclaró Marco—, pero no entiendo por qué te comportas así.

—Bueno, tiene lógica ¿no? Uno de nosotros puede hacerlo solo.

—¿Te preocupa que Tom salga perjudicado? —preguntó Cassie.

Una vez más Cassie se había encargado de poner las cartas sobre la mesa.

—Es mi hermano —contesté mirando al suelo— y vosotros sois mis amigos. ¿Qué pasaría si una vez allí tenemos que luchar?

—Bueno, no haríamos daño a Tom, eso está claro —contestó Marco. Se había quedado pensativo, con una ceja arqueada. Lo había entendido.

—No es tan sencillo —añadí—. Él forma parte de todo eso, es uno de ellos y, si tuviera que hacerlo, nos mataría a todos.

Me costó mucho decirlo, pero era la pura verdad.

<No es Tom —corrigió Tobías— es la cosa que tiene en el cerebro. No Tom.>

—He tenido un sueño —solté un suspiro profundo y dudé porque me sentía como un imbécil al acordarme de repente—. Sé que es una tontería y que los sueños no significan nada, pero he soñado lo mismo varias veces.

—Venga, cuéntanoslo de una vez —dijo Rachel.

—Vale, pero no os riáis. En el sueño estoy transformado en tigre y acecho a Tom. Lo sigo, sin perder su rastro y empiezo a sentir el deseo del tigre, ya sabéis el instinto de todos los depredadores cuando tienen hambre: la urgencia de matar.

Tobías retiró la mirada. Lo entendía porque Tobías es ahora un predador y

también siente esa urgencia incontenible de matar todos los días. Supongo que todavía no lo ha asimilado del todo. Era un chaval muy dulce cuando era humano.

—Así que —proseguí— en el sueño estoy cazando a mi propio hermano, sólo que cuando me acerco, se da la vuelta, no es Tom, sino... —me interrumpí antes de acabar la frase. Ya había dicho demasiado.

—Lo único que quiero es que no le pase nada a mi hermano —añadí sin mucha convicción— no se trata sólo de lo que pueda ocurrirle si hay una pelea, se trata de... Escuchad, creo que Tom es una pieza clave en el plan del hospital, si no me equivoco es él quien lo dirige y si nosotros estropeamos su plan, ¿quién sabe lo que le harían al pobre? Quizá Visser Tres acabe con el yeerk de Tom. Todos sabemos cómo se las gasta Visser. Disfruta poniendo ejemplos de lo que le ocurre a la gente que le falla. No me extrañaría que matara a mi hermano.

—Si nosotros ganamos Tom pierde —resumió Rachel y emitió un silbido—. Y si Tom pierde, Visser tres querrá deshacerse de él.

—Exacto, así están las cosas —corroboré.

—Y entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Marco.

—Nos olvidamos de la misión y en paz —sugirió Cassie.

—¿Y dejar que los yeerks controlen libremente un hospital y lo conviertan en una fábrica de controladores? —rebatí—. ¿Por qué? ¿Sólo porque mi hermano corre peligro?

—Sí —respondió Cassie llanamente.

Vacilé, me hubiera gustado estar de acuerdo, pero ¿cómo iba a justificar la retirada por una razón tan egoísta?

—No tenemos que tomar una decisión definitiva ahora mismo —observó Marco—. Podemos entrar, averiguar qué se proponen y ya decidiremos.

Los ojos de Marco y los míos se encontraron. Me pregunté qué estaría pensando de mí. Sólo Marco y yo conocemos la verdad sobre su madre. Todos los demás piensan que está muerta, pero nosotros dos sabemos que en realidad ella es un controlador y que su cuerpo es el portador de Visser Uno. Por eso, Marco entendía perfectamente por lo que yo estaba pasando y me ofreció una salida para ganar tiempo.

—Sí —contesté, asintiendo a mi amigo—. Marco tiene razón. Esto es sólo una misión de espionaje. Ya habrá tiempo de decidir qué hacer, primero es mejor averiguar cuáles son sus intenciones.

Debería sentirme aliviado, pero no era así.

—¿Cuánto crees que tardaremos? —preguntó Rachel consultando su reloj— he programado el vídeo para grabar dos de mis programas preferidos pero no me he acordado de la película de la semana.

—Yo sí, no te preocupes.

Era de noche, aunque no muy tarde. La luna estaba alta aunque oculta detrás de unas nubes. Caminábamos con toda naturalidad por la calle, al menos ésa era nuestra intención.

<¡Esto es un rollo! —se quejó Tobías desde lo alto— por la noche apenas veo, estoy medio ciego, ya no os cuento si encima no hay luna. Ojalá me hubiera convertido en búho. Ésos sí que saben lo que se hacen. Si no fuera porque algunos cazan ratoneros.>

—No entiendo cómo podéis correr con este cuerpo —se quejó Ax— ¿dos piernas? Es absurdo. Surdo. Ni siquiera tenéis una cola para ayudaros a mantener el equilibrio.

Ax se había transformado en humano. Cuando lo hace, es una combinación del ADN de Marco, Rachel, Cassie y del mío. El resultado es muy curioso, tiene rasgos de todos nosotros.

Ax casi se había acostumbrado a tener boca cuando adoptaba forma humana. Digo casi porque todavía jugueteaba con los sonidos que producía y a veces repetía las palabras. Además era un peligro dejarlo cerca de la comida, el sentido del gusto era superior a él y le hacía perder el control.

—¿Sabes Ax? Ahora que lo dices —Marco empezó a girar sobre sí mismo muy deprisa—. ¡Sólo tengo dos piernas! ¡Qué me caigo!

—¿Veis? Sabía que esto iba a pasar tarde o temprano —comentó Ax y añadió—. Pasar. Pas. Pos.

Yo no estaba seguro de si Ax se había percatado de que Marco le estaba tomando el pelo. Puede que el andalita tuviera un sentido del humor poco elaborado, o que incluso no tuviera ninguno. Todavía no lo había averiguado.

—Allí está el edificio —señalé justo delante de nosotros, al final de la manzana.

Era un barrio de casas viejas y tienduchas baratas, ya sabéis a qué me refiero: tiendas de segunda mano, garajes de piezas de coches y pequeños restaurantes.

Nuestro objetivo era un edificio blanco de una sola planta. Tenía sólo una puerta y las ventanas, que estaban lejos del suelo, eran alargadas y estrechas, además habían sido bloqueadas para que nadie viera lo que sucedía en el interior. También había un pequeño aparcamiento con una docena de coches y sobre la puerta se podía leer un cartel que decía: «La Alianza, para construir un mundo mejor».

—Sí, claro —replicó Marco con desprecio— un mundo mejor para gusanos de

otro planeta. ¿Habéis visto al tipo de la puerta? Yo diría que tiene ganas de pelea.

Había un tipo enorme en la puerta, con los brazos musculosos cruzados sobre el pecho. No era ninguna sorpresa: Marco, Rachel y yo habíamos echado un vistazo antes al lugar.

—Muy bien, atajaremos por ese callejón —les indiqué—. Aquel edificio de allí está abandonado. El sótano está abierto y vacío. Un sitio ideal para transformarnos.

El sótano era deprimente. Estaba oscuro y olía a moho. Tenía toda la pinta de haber sido un restaurante porque todavía se podían ver algunas mesas viejas desparramadas por el local, botellas de cerveza y un montón de basura.

—¡Qué maravilla! —susurró Rachel—. Esto de ser un animorph tiene su encanto.

Tobías cruzó el umbral aleteando y al instante oímos un gran estruendo.

<¡Ay! ¿Quién ha puesto esa columna ahí? Me he hecho daño en el ala derecha.>

—¡Estupendo! ¿Y tú eres el que se supone que va a guiarnos? —gruñó Marco.

Ax ya había comenzado a transformarse en andalita. Es imposible cambiar directamente de un animal a otro. También para nosotros, que tenemos que volver a nuestra forma natural antes de mutar en otro animal.

—Venga, hagámoslo y terminemos de una vez —urgió Rachel—. Estoy a punto de convertirme en cucaracha en un sótano asqueroso. ¡Mi madre estaría orgullosa de mí si lo supiera!

—Espera —intervino Cassie— entonces todos estamos de acuerdo en lo que hay que hacer ¿verdad? No vamos buscando pelea. Se trata de una misión de espionaje, que nadie haga barbaridades como convertirse en elefante y lanzarse a la carrera.

Cassie miraba a Rachel porque sabía que ésa es su forma preferida.

—Está claro —confirmó Rachel riéndose— vamos a jugar a los espías. Todos saben que soy la discreción personificada.

—Adelante —me dio un poco de vergüenza que Cassie sacara el tema, aunque sabía que su única intención era recordar a todos que Tom era uno de los controladores de la reunión y que sólo buscábamos información.

—Empecemos de una vez —ordenó Rachel— venga, o me perderé la película.

—Cinco pequeñas cucarachas, que se sentirán como en casa en este estercolero —comentó Marco al empezar a transformarse—. Tobías, vigilarás que no nos coman las ratas ¿verdad?

<¡Eh! Puede que no vea bien en la oscuridad pero cuando se trata de ratas no se me escapa ni una, haya o no haya luz. Soy el terror de las ratas.>

—Ax, ¿estás listo?

<Sí, príncipe Jake. Ya he recuperado por completo mi cuerpo andalita y estoy preparado para convertirme en cucaracha a tu servicio.>

Momentos después había cinco cucarachas entre la basura que cubría el suelo de hormigón.

<¡Caramba! Esto es lo que se dice un envase familiar de cerveza> bromeó Marco. En efecto, ante nosotros se alzaba al cielo una enorme lata azul y blanca.

<¿Qué tal si nos damos un poco de prisa? —sugerí—. Ax, ¿llevas la cuenta del tiempo?>.

Nos pusimos en marcha. Éramos como una avanzadilla de cucarachas, todas corriendo en la misma dirección.

<¿Sabéis una cosa? Si no fuese tan asqueroso, creo que hasta me haría gracia —comentó Rachel—. ¡Vaya, escalones! ¡A escalar se ha dicho!>.

Las diminutas pinzas situadas en el extremo de las patas se aferraban a los pequeños salientes de hormigón y hacían cuña en grietas invisibles para nosotros.

Era un reflejo casi automático y tan rápido que trepaba por los escalones casi a la misma velocidad con la que avanzaba horizontalmente.

Peldaño arriba, por encima del bordillo y ZAS, siguiente peldaño y... vuelta a empezar. Arriba, por encima... y así hasta superar los cuatro escalones.

<Lo siento chicos, pero me cuesta hacerme a la idea de que sois vosotros. Me sigue dando repelús miraros —reconoció Tobías—. ¡Tendríais que veros! Me dan ganas de pisaros, si tuviera zapatos claro. Nunca me han gustado demasiado las cucarachas.>

<Y eso lo dice alguien que destripa ratones vivos para comérselos > replicó Marco.

<Tú no puedes hablar porque no los has probado> contestó Tobías.

Fue en ese momento cuando me di cuenta de que Tobías empezaba a aceptar su nueva vida, por rara que fuera, de medio humano medio pájaro. Aunque mi máxima preocupación seguía siendo aquella misión. Habíamos cruzado el umbral y nos habíamos adentrado en la callejuela.

El suelo era una mezcla de gravilla y asfalto medio levantado lleno de agujeros. Cruzar aquel asfalto era como caminar sobre un gigantesco terrón de azúcar irregular y plagado de baches. Las piedrecillas eran tan grandes como nosotros y, a pesar de nuestras ágiles patas, no hacíamos más que tropezar y escurrirnos por la superficie.

<Voy a alzar el vuelo —anunció Tobías—. Ahora mismo estás en la acera, girad a la izquierda. Aquí fuera hay mejor luz, me posaré en lo alto del poste de teléfonos y os vigilaré desde allí.>

<Muy bien, será mejor que nos separemos. No olvidéis que ahí dentro hay controladores, yeerks, y que saben que hay un grupo de andalitas que anda por ahí suelto, o sea que estarán pendientes de los animales. Intentad actuar como lo haría una cucaracha normal.>

<¿Quieres decir que si veo un paquete abierto de cereales tengo que meterme dentro? —dijo Marco—. Eso me pasó a mí una vez. Estuve a punto de zamparme al bichejo. ¡Aggg!>

Nos separamos de camino al edificio. Me detuve al llegar a la pared blanca.

<¡Mirad! ¡Una grieta! —avisó Cassie— es enorme, voy a entrar.>

Los demás esperamos fuera. Me sentía indefenso, desprotegido, esperando allí inmóvil en la calle. El tipo gordo de la puerta podía pisarme si le apetecía y, aunque no lo veía, de alguna forma notaba su presencia.

<¡Adelante! —exclamó Cassie desde el fondo de la grieta— creo que nos conducirá hasta el interior.>

Uno a uno nos fuimos colando en la grieta y, una vez dentro, me sentí aliviado, hasta que imaginé lo que pasaría si intentaba volver a mi estado natural. Traté de apartar aquel pensamiento de mi mente.

<Nos vamos dentro, Tobías —le avisé— búscate un escondite seguro.>

<Estoy bien, no te preocupes —contestó—. Buena suerte.>

Íbamos en fila y caminábamos de lado. Era como explorar una cueva. No había luz, pero mis antenas palpaban el camino: seguían el rastro de los otros, interpretaban la información traída por las corrientes de aire y buscaban aromas familiares. De repente, vi una débil luz que se intensificaba a medida que avanzábamos. Cassie iba la primera.

<Bien. La grieta conduce hasta el interior del edificio. Ya estoy dentro.>

Me acerqué con sigilo hasta ella. Desde la abertura de la grieta me llegaba una luz brillante y más vibraciones. Sí, era sonido, alguien estaba hablando. Resultaba difícil extraer demasiada información de la voz. ¿Quién sería? Una cosa estaba clara, no podía pertenecer a una persona mayor, porque el tono era demasiado agudo. ¿Sería Tom?

Escuché las palabras con atención.

—... Por fin ha llegado el día. Es hora de dar el paso decisivo para que la invasión de la Tierra sea un hecho.

<¿Qué celebran, el día del orgullo Yeerk?> se burló Marco.

Cassie soltó una risa ahogada, por telepatía claro, que al final nos contagió a todos, y que era producto sobretodo de los nervios.

<Tenemos que salir de este agujero —indiqué— y desplegarlos por la sala. Creo que seremos una presa fácil si permanecemos aquí. Hay que intentar identificar a los asistentes. Venga, moveos, pero ¡un momento!, todos a la vez no.>

Demasiado tarde, ya nos habíamos lanzado desde el agujero hacia el suelo. Cualquiera que nos viera pensaría que los únicos invasores eran las cucarachas. La verdad es que cinco cucarachas desplazándose al mismo tiempo son fáciles de divisar.

Pero no habíamos tenido en cuenta una cosa: los humanos odiamos a esos bichos y enseguida los vemos pero en los yeerks no despiertan ninguna emoción. Aunque todos los asistentes eran controladores humanos, como estaban con sus colegas yeerks, no tenían que fingir su papel de humano.

Así que nadie nos pisó, y eso que yo esperaba ver en cualquier momento un pie enorme cayendo del cielo sobre mi cabeza.

Nos separamos un poco y seguimos el borde de la pared.

<¿Chicos? ¿Me oís? Soy Tobías,>

<Muy mal, pero sí.>respondí.

Comunicarse por telepatía tiene los mismos problemas que hacerlo hablando, cuanta más distancia hay, peor te llega el mensaje, sólo que las paredes y otras separaciones no son un obstáculo.

<Acaba de llegar un coche, bueno, mejor dicho una limusina, y otros dos coches de escolta llenos de tipos duros.>

<¿Qué hacen?>

<Están saliendo del coche. Son seis y llevan armas que asoman por debajo de los abrigo. Ahora sale otro tipo de la parte de atrás de la limusina.>

<¿Quién es? Es decir ¿Qué es?>

<Es un humano. Se dirige a la puerta pero va haciendo eses. Parece normal pero los demás están muy nerviosos. Además... te parecerá una tontería, pero este tipo me da mala espina.>

Empecé a sentir vibraciones procedentes de la gente que entraba.

<Vienen hacia aquí Tobías. Gracias por avisarnos.>

Intenté utilizar mis ojos, pero no me servían de nada. De lo único que estaba seguro de que habían llegado muchos hombres y, de que desfilaban por la habitación.

—Hermanos —anunció una voz alta y potente—, os presento a nuestro líder, Visser Tres.

Se produjo una gran conmoción en la sala y nosotros tragamos saliva.

¿Visser Tres?

Visser Tres tiene en realidad un andalita. Él es el único yeerk que ha conseguido adueñarse de un cuerpo andalita y, por tanto, también del poder de la transformación. No entendía nada, estaba convencido de que si Tobías hubiera visto a un andalita bajarse del coche nos lo habría comunicado.

—Veo muchas caras sorprendidas —dijo otra voz— pero debéis saber que puedo transformarme tanto en animal como en humano.

<¡Oh no! —exclamó Marco—. ¡Visser Tres se puede transformar en humano!>

<Claro —informó Ax— como yo. Los humanos son animales al fin y al cabo. Tenéis ADN, ¿no?>

La voz de Visser sonaba diferente, más dura y seca. Resultaba muy extraño oírle hablar, ya que sólo lo habíamos hecho a través del pensamiento. Pero ahora tenía voz y, si fuéramos capaces de ver, también cuerpo humano, pero estaba demasiado lejos para nuestra visión débil y distorsionada de la cucaracha.

—Esta misión consta de dos partes. Una: Utilizaremos el hospital como tapadera para reclutar portadores no voluntarios. Espero hacer unos doscientos controladores por mes terrícola. Nos ocuparemos principalmente de policías, locutores, escritores, profesores, financieros y, sobretodo, cualquiera que ostente un poder político.

La multitud emitió un murmullo de emoción

<Tal y como nos temíamos> comenté.

<Por desgracia —corroboró Marco—. ¿Ha dicho doscientos controladores al mes?>

—Os felicito por haber reclutado médicos y enfermeras, porque así hemos conseguido el control del hospital, lo cual me lleva a la segunda parte de nuestro objetivos —prosiguió Visser Tres—. Hasta ahora, esto que os voy a decir sólo lo sabíamos unos pocos.

La sala guardaba un silencio sepulcral y expectante.

—La segunda parte del plan es incluso más interesante que la primera. Dentro de unos pocos días el gobernador del Estado va a ser sometido a una pequeña operación. Como su secretaria es uno de los nuestros, lo ha convencido para que escogiese este hospital, así que ingresará para la operación y cuando salga, será uno de nosotros.

<¡No!> Rachel dio un grito sofocado.

<¿Qué significa eso? ¿Qué es un gobernador? ¿Una especie de príncipe?> preguntó Ax

<Exacto, una especie de príncipe que controla la policía —expliqué— la guardia nacional y los colegios.>

<Pero lo peor no es eso —anunció Rachel solemne— ¿es que no oís las noticias?>

<¿De qué estás hablando?>

<¿No os habéis enterado? Nuestro gobernador se va a presentar para las elecciones presidenciales el año que viene. Así que de aquí a un año podría haber un controlador en la Casa Blanca.>

<¿Casa Blanca? ¿Qué es eso?> preguntó Ax

<Pues que una de esas sabandijas podría convertirse en el hombre más poderoso de la nación más poderosa de la Tierra> expliqué.

<Fin del partido> añadió Marco.

<Entonces ¿todo habría terminado?>

<Sí, Ax, todo habría terminado.>

9

<Salgamos de aquí, ya hemos escuchado bastante> sugerí.

<¿Volvemos a la grieta?> preguntó Cassie.

<Sí, ya conocemos el camino>

Me giré y me encaminé hacia el agujero que se encontraba a menos de medio metro. En unos segundos estaríamos a salvo.

No daba crédito a lo que acababa de oír. Era de locos.

Si los yeerks conseguían sus propósitos, estábamos perdidos, así de sencillo. Mientras la guerra que manteníamos con los yeerks, que evitaban ser descubiertos fuera secreta, tendríamos una posibilidad de seguir con vida, pero ¿y si toda la fuerza de la policía se volviera en contra nuestra? La situación sería...

De repente sentí una vibración en el aire, justo por encima de mí.

¡PELIGRO! ¡A CORRER!

¡BOOM!

Parecía que hubiesen demolido una casa de tres habitaciones justo a un palmo de donde yo estaba. El impacto fue enorme y, el torbellino de aire que originó, como un pequeño pero intenso huracán que sacudió mis antenas.

<¡Casi me pisan! —avisé a los demás—. ¡Cuidado!>

—Visser, disculpe, tan sólo son cucarachas, las hay por todo el planeta.

—¡Estúpido! —le insultó Visser Tres muy enfadado—. ¿es que no se te ha ocurrido pensar que los andalitas también pueden transformarse en animales pequeños? Que alguien mate a este idiota.

¡BANG! ¡BANG!

Todo me daba vueltas. Acababan de matar a alguien, ¿se trataría de Tom?

Sentí una corriente de aire por encima, algo gigantesco se precipitaba sobre mí, me iba a aplastar. Salí disparado como una bala.

¡BOOM!, algo me rozó la cola al caer.

—¡Matad a esos insectos! —gritó Visser.

<¡Dispersaos! ¡Poneos a salvo! —grité—. ¡Rápido! ¡A cubierto! ¡Dejad que el cerebro de la cucaracha se imponga!>

Seguí mi propio consejo y dejé que los instintos y la astucia de la pequeña cucaracha me guiaran.

Pensarás que las cucarachas son asquerosas y repugnantes, pero cuando se trata de salvar la vida ese cerebro tan primitivo sabe muy bien cómo arreglárselas.

¡ZASSSSSS!

<¡Ahhhh!> gritó Ax

<¡Ax!, ¿estas bien?>

<Sí, eso creo>

Unos pies enormes, del tamaño de un autobús, golpeaban sin parar el suelo, pero el cerebro de la cucaracha decidía en todo momento los movimientos exactos a realizar y la velocidad adecuada. En varias ocasiones estuve tan cerca del pie que sentía como el cuero y la goma me rozaban los costados y la cola. Conseguí llegar hasta la esquina y allí me apretujé todo lo que pude.

<¡Los tengo encima! —gritó Cassie—. ¡Me van a aplastar! ¡Dios mío, no quiero morir así!>

<¡A la pared! ¡Vete del suelo!>

Yo corría a toda velocidad porque me perseguían unos zapatos que no cesaban de dar patadas contra la pared, aunque yo era tan pequeño que sólo me bastaban unos milímetros para escabullirme con cierta facilidad.

¡ÑÑÑIII! Alguien arrastraba un zapatos a lo largo de la pared hacia mí y como la suela era de goma se adaptada perfectamente a la superficie de las esquina y en pocos segundos me aplastaría.

¡Se acercaba! Era como un muro negro, parecía una locomotora negra que avanzaba a toda velocidad. Salté y aterricé en el zapato, justo cuando ya se había aproximado lo suficiente. Era como volar en una alfombra mágica de lona. Entonces, el hombre empezó a sacudir el pie y yo salí otra vez disparado por los aires.

<¡Salvada! —exclamó Cassie—. ¡He encontrado un agujero!>

Mientras tanto, yo tenía la sensación de moverme a una velocidad supersónica, como un avión que hubiese perdido el control.

¡Un momento! ¡Pero si yo tenía alas!

Demasiado tarde, porque choqué contra la pared. El impacto me hubiera matado en circunstancias normales, pero ahora mi peso era el de una pluma y aunque el golpe fue fuerte, no lo suficiente como para hacerme daño.

Caí al suelo y vi una especie de tienda de campaña gris y negra..., ¡un periódico! Sí era un pedazo de periódico arrugado y sin dudarlo me escondí debajo de él y me quedé in móvil.

Miré hacia arriba y descubrí una fotografía que, por supuesto, para mí, sólo era un conjunto de enormes puntos de tinta negra. Sí fui capaz de distinguir algunas letras del mismo tamaño que mí cabeza.

<Yo también estoy fuera de peligro —informó Ax— estoy con Cassie>

<¿Rachel? ¿Marco? > llamé, ya más aliviado al saber que al menos dos estaban a salvo.

<Me he metido en el calcetín de un tipo, pero él todavía no se ha dado cuenta —contestó Rachel—. Un momento, hemos salido a la calle. Voy a saltar. Ya está, salvada, estoy en la calle.>

<¿Marco?>

<¿Sí, Jake?>

<¿Dónde estás?>

<Estoy en un sitio dónde ojalá no tiren de la cadena, Jake.>

<¿Estás en un váter?>

<Tienen un cuarto de baño y me pareció un sitio bastante apropiado para una cucaracha. En cuanto me reponga un poco, probaré a meterme en el agujero de la pared por donde va la tubería. ¿Y tú?>

<Lo mío es peor. Me he escondido debajo de un periódico pero todavía andan a mi alrededor dando pisotones y tarde o temprano pisarán el periódico, así que tengo que salir de aquí cuanto antes. La única posibilidad es correr hacia la puerta, salir a la calle. En la oscuridad nunca podrán encontrarme.>

<Buena suerte, amigo> me deseó Marco

<Gracias, igualmente>

Entonces mis antenas recogieron un nuevo olor, un tono dulzón y aceitoso.

Cuidado; no sabía porqué pero no me daba buena espina...

Entonces caí en la cuenta.

<Marco, ¡tienen un insecticida!>

Salí como una bala de mi escondite.

—¡Ahí va una!

Percibí vibraciones de docenas de pies tras de mí y tuve la sensación de que una fuente gigantesca brotaba de la suave brisa. Era una fuente inadvertida, más bien como una lluvia que, procedente de un punto concreto, iba calando la atmósfera.

Me cayó una gota, luego otra. Mis piernas no me sostenían.

Por fin, la puerta, la percibía justo por delante.

¡BOOM! Otro pisotón del que me libré por los pelos.

Empecé a notar que aminoraba la carrera y que mis instintos de cucaracha empezaban a adormecerse.

Me estaban envenenando. El insecticida empezaba a hacer efecto. Mis patas se enredaban y mis antenas se movían frenéticas pues el único olor que percibían era el de aquella lluvia mortal.

—¡Ya la tenemos! ¡Ha funcionado! —celebró una voz.

—¡Esperad, no la piséis! —gritó Visser—. Quizá se transforme para salvarse y así capturaremos a un andalita.

Temblaba y apenas podía respirar.

Entonces, mucho más veloz que los pies que me perseguían, apareció una sombra que me cubrió.

Intenté correr, pero no me quedaban fuerzas. Tres cables monstruosos rodearon mi cuerpo y me elevaron por los aires.

<Aguanta, Jake —animó Tobías—. Soy yo, las líneas aéreas ratonero de cola roja le dan la bienvenida a bordo y se lo llevan de aquí ahora mismo. ¡Nos vamos!>

<¡Transfórmate, Jake! ¡Venga, Jake, ahora!>

Tobías me había depositado sobre el tejado de un restaurante. Era el sitio más seguro que había encontrado por allí cerca.

Allí estaba, tumbado sobre alquitrán y grava. Mis patas sufrían continuos espasmos y mis antenas se agitaban sin parar. Todo mi yo temblaba. Había perdido por completo el control sobre mi cuerpo de cucaracha, pero mi parte humana entendía lo que estaba pasando.

Me estaba muriendo, Lo había visto antes, había presenciado muchas veces la muerte de una cucaracha por envenenamiento, y siempre había pensado: «¡Te está bien empleado!».

Ahora se trataba de mí, era mi cuerpo el que perecía, era yo el que sufría sacudidas y convulsiones.

<¡Jake, tienes que transformarte! ¡Concéntrate! ¡Rápido!>

Sabía que tenía razón y que ésa era la única manera de sobrevivir, pero resultaba muy difícil concentrarse con un cuerpo agonizante.

Intenté imaginarme a mí mismo como humano y formarme una imagen mental de mi cuerpo, pero esa imagen venía mezclada con delfines, pájaros y tigres.

Y el sueño... Mi mente delirante me condujo hasta él... Ahora era un tigre y me movía en silencio. Los músculos eran acero puro y cada uno de mis movimientos estaba totalmente controlado y calculado de antemano.

Olía a mi presa y le oía moverse torpemente, como es habitual en los humanos, en la oscuridad del bosque. Era muy lento y muy débil, no se me podía escapar, acabaría con él sin problemas, iba a conseguir a mi presa.

Mi presa... era Tom.

Se giró y vi el miedo reflejado en sus ojos, miedo de mí.

Me coloqué en posición de ataque, dispuesto a dar el gran salto mortal para clavarle los dientes en su tierno cuello y destrozarle la columna con los incisivos.

Me miró desesperado y levantó los brazos.

—¡No! —suplicó.

Salté desplegando mi inmenso poder y lancé un rugido atronador y triunfal que se oyó a varios kilómetros a la redonda. Nada podía detener mi instinto de cazador.

Y entonces vi al tigre, me vi a mí mismo, una figura de pelaje anaranjado de rayas negras, implacables ojos amarillos, dientes afilados y garras capaces de destripar a un búfalo; vi al tigre avanzando hacia mí.

Tom se había convertido en tigre y yo era su presa. Cerré los ojos y cuando lo volví a abrir, vi, justo encima de mí, que otros ojos de mirada fiera se mantenían fijos en mí a tan solo unos centímetros de mi rostro. Eran los ojos de un ratonero.

<¿Estás bien?>, me preguntó Tobías.

Levanté la mano para comprobar si tenía todos los dedos. Sí, ahí estaban los cinco.

—No lo sé. ¿Estoy bien?

<Yo diría que tienes todos los miembros principales y también el resto —me tranquilizó Tobías— pero tu transformación ha sido distinta esta vez. El insecticida debe haberte afectado más de lo que pensaba, es como si te hubieras transformado de forma inconsciente.>

—Estoy vivo —exclamé sorprendido. Claro, la cantidad de veneno que resulta mortal para una cucaracha apenas tenía efecto en un humano—. ¿Dónde estamos?

<En el tejado de un restaurante de comida rápida>

—Me has salvado el pellejo, Tobías.

<Bah, no ha sido nada —dijo—. Vengo a ser tu fuerza aérea privada, llámame siempre que te encuentres en apuros.>

—¿Cómo están los demás? —pregunté mientras me sentaba.

<Preocupados por ti. Mientras te transformabas fui a echar un vistazo para ver si se encontraban bien. Andan todos desperdigados por ahí pero no ha habido ningún herido. Ya han vuelto a sus formas humanas; incluso Ax, que está con Cassie.>

—Creo que es hora de reunirnos con ellos —dije.

<Sí —convino Tobías—. Ya me ha contado Marco lo que habéis averiguado. Información de primera clase.>

—De primera clase, en efecto —corroboré y me incorporé para buscar algún sitio por el que bajar del tejado. Estaba demasiado cansado como para convertirme de nuevo.

<Marco ha dicho además que Visser Tres estaba presente y que tenía forma humana. Era el tipo que salió de la limusina ¿verdad?>

—Sí, creo que sí. La verdad es que la cucaracha tiene una vista bastante pobre, así que me guiaba por el oído.

<Lo vi abandonar el hospital justo después de que yo te alzara por los aires> continuó Tobías.

Dejé de buscar una escalera, porque Tobías no paraba de hablar. Insistía demasiado.

—Tobías, ¿se puede saber qué pasa? ¿Qué es lo que tratas de decirme?

<Cuando Visser se fue, Tom lo acompañaba.>

Mi primera reacción fue de alivio porque Visser había ordenado ejecutar a alguien en esa reunión. Por suerte no había sido mi hermano.

—¿Cómo... tú qué crees que significa?

<Tom fue el único miembro de la reunión, aparte de la escolta, que se fue con él. Me dio la impresión de que Tom trataba a Visser con mucho tacto y sin embargo con

la escolta era muy desagradable. Es difícil de explicar pero juraría que Tom y Visser mantienen muy buenas relaciones.>

—Ya —respondí yo— creo que Tom es en gran parte responsable de todo este asunto del hospital —guardé silencio durante un rato—. ¿Qué medidas tomará Visser contra Tom si el gran plan sale mal?

Tobías no dijo nada porque ya conocía la respuesta.

Aquellos que fallan a Visser, mueren.

Vi un hueco entre Juan y Terry, una vía directa hasta la canasta. Con la mano derecha botaba el balón y la izquierda me serviría de protección en caso de que Juan se me echara encima. Hice una entrada a canasta.

Mis zapatillas rechinaban en el parqué encerado del gimnasio y uno de mis compañeros de equipo gritó:

—¡Muy Bien, Jake!

Juan intuyó mi movimiento y me persiguió, pero yo fui más rápido que él. Me detuve de espaldas a Juan, miré hacia la canasta, apunté, salté y lancé la pelota.

La pelota golpeó el tablero y, tras rodear el aro, se salió. Fallé.

Caí hacia atrás y choqué contra Juan y Terry. Los tres acabamos en el suelo del gimnasio hechos un amasijo de brazos y piernas mientras la pelota botaba fuera del campo.

—Ahora entiendo por qué no entraste en el equipo —observó Terry riéndose mientras me ayudaba a ponerme en pie.

En efecto, había intentado entrar en el equipo del colegio y no me habían aceptado. Entonces me había molestado bastante, sobretodo porque Tom había sido la gran figura del baloncesto cuando estaba en el colegio y yo quería ser como él.

En cualquier caso ya no tenía tiempo para practicar deporte en horas extraescolares, así que jugar al baloncesto en la hora de gimnasia era más que suficiente.

—¿Y qué? Pero bien que he engañado a Juan con alguno de mis increíbles movimientos y él sí que está en el equipo —me defendí al tiempo que ayudaba a Juan a incorporarse—. La verdad es que todavía no me explico cómo han fichado a un tipo tan enclenque.

—Me estoy reservando para la final —se defendió Juan—. No quiero desperdiciar mis tácticas mortales contigo, Jake. Por cierto casi me aplastas las piernas, animal. ¿Por qué no juegas al fútbol?

—Bien pensado —sonreí burlón a Juan, que mide uno diez y pesa menos que una pluma—. Te concedo el honor de comprobar mi placaje.

Justo en ese momento, el entrenador nos avisó con el silbato de que era hora de ir a las duchas.

—Salvado por el silbato, Juan —me burlé.

—Ya podías haber heredado algo de tu hermano —observó Terry— él sí que tenía buen tiro.

—Y que lo digas, Tom habría acabado en el equipo de alguna universidad, de alguna de las buenas, si hubiera seguido jugando —se lamentó Juan— tenía talento.

Tenían toda la razón: Tom tenía talento pero había dejado el baloncesto. Supongo

que el yeerk que ocupa su cerebro tiene otros planes para él.

Me duché y me vestí. Tenía que ir a otra clase. Al salir del gimnasio me encontré en el pasillo con Marco, que tenía gimnasia después de mí.

—Baloncesto ¿no? —preguntó—. Perfecto. Pensaba que íbamos a seguir con lo de la lucha libre. Lo odio. No sé qué tiene de divertido agarrarse a un tío sudado. No le veo la gracia por ningún lado.

—Pues los antiguos griegos solían luchar desnudos —señalé—. Así que ya puedes alegrarte de que no estemos en Grecia.

—Y sin desodorante —añadió Marco—. Será el martes que viene.

—¿Qué es lo que será el martes que viene?

Marco comprobó que no había nadie alrededor que pudiera oír la conversación y me dio más detalles.

—El gobernador. El próximo martes es cuando va al hospital. Me apostaría el cuello a que tiene un problema de hemorroides —se burló—, por eso lo llevan todo en secreto. Se supone que nadie debe enterarse.

—Y tú ¿cómo te has enterado?

—Bueno, el otro día supimos que iba a ir al hospital ¿no? Lo único que hice fue averiguar su agenda para los próximos días, y sin ningún problema además. Me hice pasar por periodista y me enviaron un fax de su agenda de actividades.

Marco sacó del bolsillo una hoja y me lo enseñó.

—¿Ves? El sábado da un discurso, el domingo concede una entrevista en televisión, el lunes otro discurso y el martes, ¡qué casualidad! Resulta que se va de vacaciones cinco días y no dicen a dónde.

—¿Me pregunto por qué lo querrán mantener tan en secreto?

—Venga ya, Jake. ¿Cómo van a decir públicamente que al gobernador le operan de hemorroides? Habría mil chistes.

—Tienes razón —sonreí—. Buen trabajo Marco.

—Mañana es sábado —recordó Marco—, ¿iniciamos el plan de ataque?

Imagino que la expresión de mi cara mostraba muy a las claras cómo me sentía, porque Marco bajó la cabeza y me miró de lado.

—¿Estás bien, Jake? Anoche estuviste al límite. Sé cómo te sientes porque yo ya lo he pasado. No es fácil superarlo.

—No, estoy bien —le contesté y le di un ligero empujón—. Además ¿desde cuando estás tú tan dispuesto? —Marco siempre se había mostrado reacio a hacer nada por y para la causa.

—Tú sabes muy bien desde cuándo —contestó con suavidad.

Asentí, y es que a Marco ya no le daba igual la lucha contra los yeerks. Para él se había convertido en una batalla personal tras enterarse de lo de su madre.

—Sí, perdona —me disculpé.

—Respecto a los demás, sigo pensando lo mismo —añadió— no quiero que se enteren de que las cosas son ahora distintas. Para ellos soy el Marco de siempre, no quiero que me tengan lástima.

—Pero Marco, ¿por qué te iban a tener lástima? Anda, no seas tonto.

—Por el momento prefiero que todo siga igual que antes.

El timbre sonó anunciando la siguiente clase.

—Muy bien —asentí—. Entonces, mañana. Tendremos que pensar en algún modo de entrar en el hospital. Imagino que lo tendrán bien vigilado.

—Bueno la verdad es que Cassie ya me ha sugerido una idea —informó.

—¡Oh no! —exclamé poniendo los ojos en blanco— ya sabes lo mucho que me gusta Cassie, pero fue a ella a quien se le ocurrió que nos convirtiéramos en hormigas.

Marco se dirigía ya hacia el gimnasio y yo hacia mi clase.

—No va de hormigas esta vez —me susurró antes de irse.

—No quiero ni imaginármelo.

—Piensa en una caca de perro.

—¿Qué? —exclamé, pero para entonces Marco ya había desaparecido tras las puertas del gimnasio.

—Algo bonito pero que no pase de los quince dólares —dije—. Luego viene el cumpleaños de mi padre, dentro de dos meses, y me tiene que llegar para todo.

Acabábamos de salir del colegio y Cassie, Rachel y yo habíamos ido al centro comercial. Quería comprarle algo a mi madre. Se acercaba su cumpleaños. Mi presupuesto era de unos quince dólares y el regalo anterior no la había entusiasmado. ¿Cómo iba yo a imaginar que no apreciaría un clásico como *Spiderman nº3* en perfecto estado?

De acuerdo, por aquel entonces yo era más crío y, además, le había pedido consejo a Marco.

Esta vez le había pedido a Cassie que me ayudara a elegir un regalo, lo cuál resultaba también bastante inútil porque a ella no le interesa demasiado la ropa ni esos pequeños detalles que harían feliz a una madre. Así que Cassie había convencido a Rachel de que viniera.

—¿Qué os parece esta tienda de ahí? —pregunté al tiempo que señalaba una tienda de ropa de mujer.

—Sí, claro. ¡Qué listo! Con menos de cien dólares no haces nada —informó Rachel.

—De acuerdo, y ¿qué os parece...? —empezó a decir Cassie.

—¡Ja, ja!, Cassie, por favor, piensa un poco —exclamó Rachel, un poco desesperada ante nuestra ignorancia—. Por lo menos mira primero el nombre de la tienda, no ves que está diciendo a gritos: «sólo para señoras gordas de mediana edad»? ¿Jake, es que quieres insinuarle a tu madre que está gorda?

—Claro que no —moví la cabeza en sentido negativo, aunque luego pensé que quizá la pregunta tenía trampa—. Bueno, no, ¿verdad?

—Pues claro que no, inútil —soltó Rachel al tiempo que ponía los ojos en blanco—. Pero bueno, ¿es que nunca habéis ido de compras? Es como si estuviera con Ax. No parecéis de este planeta. Buscamos algo de rebajas que tenga un mensaje claro: «Mamá, por ti no pasan los años, eres genial». Un regalo clásico y sencillo a la vez.

»Así que lo mejor será que vayamos a esos grandes almacenes de ahí —señaló Rachel—, segunda planta a la derecha, por la parte de delante. Allí es donde tenemos que ir. Buscad los carteles de rebajas, están escritos en letras rojas y blancas.

—Ya te lo dije: Rachel es la reina de los grandes almacenes —me recordó Cassie con una sonrisa.

—Ir de compras y pelear, las dos especialidades de Rachel —añadí.

Recorrimos los grandes almacenes y al cabo de unos diez minutos, Rachel ya había encontrado una blusa de seda.

—Antes costaba treinta y tres dólares —explicó Rachel—. De treinta y tres ha

sido rebajada a veinticinco, y luego como le han aplicado el treinta por ciento de descuento por ser día de rebajas, se queda en diecisiete cincuenta. ¿Os dais cuenta de que es casi la mitad del precio original? ¡Diecisiete cincuenta por una blusa como ésta! ¡No hay quien me haga sombra comprando!

—Ya, pero yo tenía en mente gastarme sólo quince —repliqué sumiso.

—Pero si sales ganando... ¿Es que no te das cuenta? Como te cuesta quince dólares y cincuenta centavos menos, al final resulta que has ahorrado más de quince dólares!

—Un momento, ¿cómo puedo haber ahorrado si me los he gastado?

—Déjalo —Cassie me puso una mano sobre los hombros—, no preguntes. Rachel tiene un sistema particular para hacer las cuentas cuando va de compras. No trates de entenderlo.

—Muy bien, chicos —Rachel ignoró por completo el comentario de Cassie—, mientras vais a pagar voy un momento a la sección juvenil. Nos vemos en el restaurante.

Rachel se esfumó y Cassie y yo nos quedamos solos en medio de toda aquella ropa.

—Bueno, ¿cuándo me vas a contar tu plan? —pregunté.

—Creía que Marco ya te lo había contado.

—Pues no —contesté moviendo la cabeza—. Lo único que me dijo fue que pensara en una caca de perro. Como comprenderás no me quedé muy tranquilo, me temo lo peor.

—Escucha —se defendió Cassie un poco molesta—, es el único animal que se me ocurrió para poder entrar y salir del hospital sin ser pisados ni rociados con alguna sustancia venenosa. Seguro que ni se darían cuenta de que estamos allí y además podríamos ir a todas partes

—Cassie, hasta ahora me he convertido ya en tres insectos diferentes. Lo de la pulga no estuvo mal, lo de la hormiga fue una experiencia traumática, y lo de la cucaracha ni te cuento. Empiezo a sentir envidia de Tobías.

»Vale, sí, se ha quedado atrapado en un cuerpo de ratonero, pero al menos no tiene que ir transformándose en bichejos inmundos.

—¿Se te ocurre algo mejor, Jake? Adelante, respeto tus sentimientos, yo sólo quería ayudar y, de todas formas, no es más que una sugerencia.

—No —contesté y respiré hondo—, no se me ocurre nada mejor. Es que... a veces me pregunto qué ha pasado con los buenos tiempos en que nos convertíamos en tigres o lobos y lo pasábamos tan bien. Yo no quiero ser una mosca. He visto la película *La mosca*, las dos versiones, la vieja y la nueva con Jeff Goldblum. Cada vez que pienso... ¡una mosca!

—La película, es verdad, ya no me acordaba de ella —añadió Cassie e hizo una

mueca—. Sí, ésa donde aquel tipo con una cabeza humana diminuta y el cuerpo de mosca se queda atrapado en una tela de araña y no para de repetir con voz muy baja y chillona: «a-y-u-d-a-a». Y luego viene aquel otro tipo gordo y pisa al hombre-mosca.

Nos quedamos un rato pensativos y con cara de asco.

—¿Y una polilla? —sugirió Cassie.

—Demasiado lentas —le respondí—. Y demasiado grandes. Nos verían en seguida.

—De acuerdo... y... ¿abejas?

—Eso si que no, me niego a transformarme otra vez en un insecto social. Las abejas seguro que son muy parecidas a las hormigas. Ni hablar, nada de enjambres ni de colonias. No quiero saber nada de insectos sociales —me recorrió un escalofrío con sólo recordar la experiencia de las hormigas. Era como estar muerto, anulado, como si mi propio yo se hubiera esfumado para formar parte de un gran engranaje.

—Las moscas no son animales sociales —señaló Cassie.

—¿Necesitáis ayuda? —preguntó una de las dependientas.

—No —contestó Cassie—, pero gracias de todas formas.

Nos dirigimos hacia el restaurante, donde habíamos quedado con Rachel.

—Sólo sería para entrar en el hospital —dije yo pensando en voz alta—, si utilizan el hospital para introducir yeerks en cuerpos humanos y convertirlos en portadores, significa que tienen algún tipo de estanque yeerk ahí dentro. Ése será nuestro objetivo: encontrar el estanque y destruirlo.

—Entonces, sólo seríamos moscas durante un rato —me intentó tranquilizar Cassie—, porque, bueno, si es que al final decidimos hacerlo, claro, tendríamos que recuperar nuestra forma humana para atacar.

—Y después, si se arma una buena, podemos escapar transformándonos en cualquier otra cosa, no en moscas.

—Exacto —corroboró Cassie—, por lo tanto sólo tendríamos que ser moscas durante unos minutos.

—Sí.

—Entonces, moscas, ¿no? —preguntó Cassie.

—Sí.

—A-y-u-u-u-d-d-a-a-a-, a-y-u-u-d-a-a —exclamamos los dos a la vez.

13

Antes de continuar, hay algo que me gustaría aclarar: ser una mosca es muy divertido. Pero convertirse en mosca es otra historia.

A estas alturas ya todo el mundo supondrá que a mí me gusta Cassie. La encuentro muy guapa, pero cuando le salieron aquel par de enormes ojos compuestos, relucientes y saltones grité, sí, grité como un crío pequeño.

—¡Aaaaaaahhh!

—Estupendo, Jake, creo que ahora Cassie se siente mucho mejor —comentó Marco con ironía.

—Marco, pero tienes los ojos cerrados —exclamé.

—Y así van a seguir.

—Disculpadme —dijo Rachel y salió disparada del granero. Segundos después la oímos vomitar.

Tienes que entender que Cassie era casi del todo humana cuando los ojos de mosca aparecieron. Ya había encogido, de acuerdo, no mediría más de medio metro, le habían salido las piernas adicionales del pecho, y le habían brotado de la espalda las alas transparentes, pero su rostro era todavía prácticamente humano cuando le aparecieron los ojos.

Yo pensaba que ya había visto bastantes películas de terror en la tele o en el cine, como para que, a esas alturas, algo pudiera darme todavía miedo, pero te aseguro que no existe nada más espeluznante que ver cómo a alguien le salen de repente dos ojos de mosca del tamaño de un globo.

Para cuando le creció la boca, Cassie ya era demasiado pequeña.

Me alegré porque después, cuando me tocó convertirme en mosca, supe cómo era exactamente una boca de mosca.

Si los ojos daban asco, imaginaos aquella cosa que recordaba a una lengua alargada y tubular desenrollándose, lista para succionar... esa cosa que escupe en la comida y después absorbe esa mezcla repugnante...

—Lo siento —se disculpó Rachel, que acababa de entrar y todavía temblaba—, ¿alguien tiene un chicle o un caramelo de menta?

<¿Qué pasa? ¿Os sienta mal el proceso de transformación?> preguntó Ax confuso.

—A veces —contesté yo, luchando todavía por no mirar cómo Cassie disminuía hasta quedar reducida a unos pocos centímetros—. Es que algunos animales me producen escalofríos.

<¿Escalofríos? ¿Qué son escalofríos?>

—Cuando algo te da mucho asco y te entran ganas de vomitar, se te pone la carne de gallina, y sientes como descargas eléctricas, eso son escalofríos.

<¿Ha acabado ya? —preguntó Tobías—. No pienso entrar ahí hasta que Cassie haya terminado.>

—Por favor, Ax, ¿le puedes decir a Tobías que ya puede entrar?

<Tobías. El príncipe Jake dice que ya puedes entrar.>

Sonreí a Marco, que estaba mirando la escena a través de los dedos entreabiertos de la mano que le cubrían el rostro. Ax estaba aprendiendo a hablar más o menos normal, al menos por telepatía, porque cuando era humano y hablaba seguía inventado sonidos y volviendo loco a todo el mundo.

Tobías entró por la parte superior del granero.

—¿Me oyes, Cassie? —preguntó Rachel.

—Tobías, ¿la ves? —le pregunté. Cassie ya se había convertido en una mosca.

<Ya la tengo.>

—No la pierdas de vista —le ordené—, síguela a todas partes.

<Tranquilo, es de día y está a unos tres metros. A esa distancia puedo ver hasta los pelillos de sus diminutas patas, aunque la verdad es que no resulta nada atractiva. Lo siento, chico.>

—¿Cassie? —insistió de nuevo Rachel.

—Tobías, inténtalo por telepatía.

<¿Cassie? Cassie, ¿me oyes? ¡Ahí va! ¡Cómo vuela!>

—No la pierdas, Tobías, no la pierdas.

—No se alejará demasiado —observó Marco— con todo el estiércol de caballo que hay en el granero. ¿Dónde iba a estar mejor?

<¡Yuuuuhuuuu!> oí de repente en mi cabeza.

—¿Cassie?

<¿Cassie?>

<¡Yuuuuhuuuu!>

—¡Cassie! ¡Contesta!

<Cassie —preguntó Tobías—, ¿estás bien?>

<¡Caray! ¡Cómo vuela esta cosa! —exclamó Cassie—. ¡Es increíble! Tenéis que probarlo. Vuela como un cohete. ¡Yuuuuhuuuu!>

<¿Tienes controlado el cerebro de la mosca?>

<Sí, sí, no os preocupéis, estoy bien —contestó Cassie—. Lo siento, pero es que no puedo parar. ¡Venga! ¡Daos prisa! ¡El tiempo apremia!>

Tomé aire, había rezado para que todo le fuera bien a Cassie y que no surgiera ningún problema, pero al mismo tiempo me daba un asco tremendo convertirme en un insecto de esos. Y ahora era Cassie la que nos animaba a hacerlo.

Si pensabais que con el tiempo ya nos habríamos acostumbrado a ese tipo de escenas, os equivocáis. Lo que es asqueroso nunca deja de serlo.

—Muy bien, chicos, parece que seguimos adelante con el plan —informé,

intentando por todos los medios sonar contento y optimista.

—¡Genial! —exclamó Marco.

<¡Eso, genial!>, repitió Ax, sin captar el tono sarcástico de Marco.

—Desde luego Cassie se lo está pasando en grande —señaló Rachel.

—Bueno, hagámoslo de una vez —urgí.

Y lo hicimos. Transformarse resultó tan vomitivo como esperaba, pero Cassie tenía razón, una vez te habías transformado; una vez te habías acostumbrado a que tu visión se dividiese en cientos de minúsculas pantallas de televisión, cada una de las cuales mostraba una imagen diferente; una vez te habías repuesto de la impresión sufrida al ver que tu asquerosa lengua de mosca se desenrollaba a la mínima ocasión; una vez habías aceptado que tus patas eran una rara mezcla de ganchos, púas y pelo; una vez habías superado el hecho de que nada te resultara conocido ni familiar a menos de un centímetro de distancia; y sobre todo, una vez habías dejado de pensar en películas de moscas... entonces, era genial.

Yo ya había volado antes, convertido en halcón peregrino y en gaviota, y los dos son fantásticos. Por ejemplo, el halcón puede alcanzar una velocidad de doscientos cincuenta kilómetros por hora en una caída en picado, o una velocidad superior, en fin, más rápido que un coche de carreras o una avioneta pequeña.

Pero el vuelo de una mosca es alucinante. Una mosca común aletea doscientas veces por segundo, el tiempo que a ti te llevaría decir «hola, ¿qué hay?».

La mosca vuela a unos seis kilómetros por hora que, comparados con los doscientos cincuenta kilómetros por hora de un halcón no parece mucho pero, créeme, cuando mides menos de un centímetro, es como viajar a velocidad supersónica por el hiperespacio.

Además la mosca cambia de dirección casi a cada segundo, tan pronto descendes a toda velocidad como vas hacia los lados, o arriba, sin aminorar la marcha.

Cassie tenía razón. Era repugnante, pero divertido a la vez.

<¡Yuuuuhuuuu!>, exclamó Ax.

<¡Yuuuuhhhuuuuuu!>, grité y salí disparado hacia arriba a la velocidad de la luz.

<Somos horrorosas pero a ver quién es el guapo que se atreve con nosotras>, soltó Rachel.

<¡Venga! Vamos a buscar una caca de perro —sugirió Marco—. Era broma, sólo era una broma.>

<Bien, tenemos mucho que hacer —recordé tras unos minutos que nos sirvieron para acostumbrarnos a los instintos básicos de la mosca y sus sentidos—. Es hora de tomar el autobús.>

Tobías era el autobús. El hospital se encontraba a unos kilómetros. Las moscas son rápidas en términos relativos, pero en términos reales Tobías era mucho más rápido. A nosotros nos habría llevado horas llegar a nuestro destino y a Tobías, en

cambio, sólo unos minutos.

<Monten al hombre con alas —ordenó Cassie—, pónganse cómodos en la parte trasera del cuello, que nadie se coloque en las alas ni en la cola o saldrá despedido por los aires en mitad del trayecto.>

<Porque sois vosotros —añadió Tobías—, que si no a buenas horas iba yo a consentir que un puñado de moscas se me colgaran del cuello. Bastaría para hacer vomitar a una oruga.>

<¿Qué dices de las orugas? —preguntó Marco con indignación—. Oye, ¡no te metas con las amistades!>

<¡Puaj!>, exclamó Tobías antes de levantar el vuelo.

Me agarré a las plumas de Tobías, lo cual resultaba muy fácil. Las patas de las moscas se pueden adherir al cristal e incluso colgarse del techo. Sentía el viento golpeando mi cuerpo, mis alas vibraban y el aire silbaba por entre los resquicios y articulaciones de mi diminuto exoesqueleto. Percibía una gama increíble de fragancias gracias a la sensibilidad de mis antenas pero, por desgracia, lo único que estimulaba mi cerebro de mosca era lo dulce, lo podrido, lo putrefacto.

<Esto me recuerda a cuando me transformé en musaraña —señaló Rachel—, también le gustaba la carne muerta>.

De repente, ¡un monstruo! En mis ojos compuestos aparecía enorme y, sin embargo, era mucho más pequeño que yo.

<Pero ¿qué demonios es...?>, grité.

<¿El qué? ¿Qué pasa?>, preguntó Cassie.

<¡Uff! Creo que era una pulga del tamaño de un caniche, sólo que no tan bonita.>

<¿Qué estás diciendo? —exclamó Tobías—. ¿es que tengo pulgas?>

<Yo sólo he visto una —respondí— y ya no está, probablemente habrá saltado.>.

Era mentira, la pulga estaba buscando un rincón donde instalarse y darse un buen atracón de sangre caliente en la piel de Tobías, por debajo de las plumas. Pero supuse que Tobías prefería no saberlo.

<Bien, ya hemos llegado al hospital —informó Tobías—, realizaré un vuelo raso y os avisaré cuando podáis saltar. Imaginaos que estamos en una de esas películas antiguas y vosotros sois los paracaidistas.>

<¡Vaya ejemplo! —exclamó Marco—. ¿No te has percatado de la cantidad de paracaidistas que reciben un balazo en esas películas?>

<Jake>, me susurró Cassie de manera que nadie más pudiera oírlo.

<¿Qué?>

<Todavía estás a tiempo de abandonar la misión —me dijo—, todos lo entenderíamos.>

<Gracias, pero no. Esté Tom o no, hay que detener a los yeerks>

Al menos eso era lo que me repetía a mí mismo sin cesar. Supongo que era lo más lógico.

<Bien, todo está en orden —anunció Tobías—. Hay una ventana abierta en el tercer piso y no tiene mosquitera>.

<¿Estás seguro?>, preguntó Marco.

<Marco, con esta luz tan potente sería capaz de ver hasta el hilo de una telaraña, imagínate una mosquitera.>

<¡Ha dicho telaraña!>, se quejó Rachel.

<¡A-y-u-u-u-u-d-d-d-a-a-a! >, recordó Marco.

También fue mala suerte que la noche anterior pusieran en la tele la versión antigua de *La mosca*, y todos, tontos de nosotros, la habíamos visto.

<No lo entiendo>, murmuró Ax.

<¡Preparaos! —anunció Tobías—. Tres... Dos... Uno... ¡Ahora!>

Salté y extendía las alas pero, como iba tan deprisa, la corriente de aire me desestabilizó y perdí el control durante un rato.

Cuando la velocidad disminuyó, recuperé el equilibrio sin problemas.

<¿Estáis todos bien?>

<¡Yuuppii!>, exclamó Rachel.

<Veo la ventana abierta>, señaló Ax.

Oí un zumbido a mi lado que supuse era Ax volando a toda velocidad, al menos eso pensaba yo. Parecía un caza en plena acción y, sin pensarlo dos veces, me fui tras él siguiendo su estela.

Al final resultó que Ax se había equivocado: lo que él había creído una ventana era en realidad una pequeña señal situada a un lado del edificio. Si tus ojos son los de una mosca te tienes que acercar bastante para reconocer los objetos, y también las personas. Decidimos, pues, continuar a lo largo de la fachada del edificio hasta localizar la ventana.

<Seguid —indicó Tobías—, ya casi estáis>.

De repente, percibí una ráfaga de aire fresco.

<Ya hemos llegado>, informé.

Me sumergí en la corriente de aire y, al cabo de un rato, me encontraba en el interior del edificio, rodeado de oscuridad.

<Muy bien, ahora se trata de encontrar una especie de estanque yeerk en miniatura —recordé—, todos excepto Ax habéis estado cerca de uno, así que tratad de reconocer el olor, a ver si vuestras antenas captan algo.>

<Apuesto a que sé dónde está la maternidad. Puedo oler montones de pañales sucios>, observó Rachel.

<Separémonos como habíamos planeado. Ax y Cassie conmigo. Y vosotros dos, Rachel y Marco, tened mucho cuidado.>

Rachel y Marco desaparecieron de nuestra vista.

Nosotros tres nos dirigimos hacia lo que parecía un pasillo, largo y con luces de principio a fin.

<Huelo a caca, y a plátano, bueno por lo menos yo diría que es plátano. Y más caca —informó Cassie—. Si alguna vez necesitas encontrar caca, alquila una mosca, es infalible.>

Por debajo de nosotros, apenas visible, distinguíamos de vez en cuando unas formas grandes que se movían. Supusimos que eran cabezas de personas, pero con nuestra visión tan limitada parecían islas flotantes de pelo avanzando en un mar

borroso.

<¿Cómo vamos de tiempo, Ax?>, pregunté.

<Hemos consumido el veinte por ciento de nuestro tiempo>, respondió.

<Estupendo, tal y como habíamos planeado>, exclamé para tranquilizar a los otros y de paso tranquilizarme a mí.

<¡Aaaaaaahhh!>

<¿Qué pasa?>

<¡Ese humano ha intentado cazarme! —explicó Ax—, pero no ha sido lo bastante rápido.>

<Chicos —advirtió Cassie—, ¿oléis eso?>

<¿El qué? ¿Más caca?>

<No, se parece pero no es lo mismo. Es un olor extraño que mi cerebro de mosca no reconoce. Intento recordar...>

<Sí, yo también empiezo a oler algo raro —informó Ax—, pero no es muy fuerte.>

<Yo diría que deberíamos girar a la derecha>, indicó Cassie.

<De acuerdo, a la derecha> convine. También yo empezaba a percibir el olor, era un aroma oscuro, intenso y rico, entre dulce y aceitoso.

<Marco, Rachel —les avisé por telepatía—, ¿habéis encontrado algo?>

<Apenas te oímos... debe... lejos... nada...>

<Estamos a la máxima distancia posible en límite de comunicación telepática>, aclaró Ax.

El olor se hacía cada vez más intenso.

<Por ahí —indiqué—, creo que hay una puerta.>

Nos posamos en el suelo. Nuestras pequeñas patas, que constaban de una especie de garras afiladas y unas almohadillas pegajosas, se agarraron con firmeza a la superficie del suelo.

<Por cierto —intervino Cassie—, ¿alguien podría decirme cómo se abre una puerta cuando mides menos de un centímetro?>

<Desde el suelo, porque podemos colarnos por debajo de ella.>

Segundos después, nos deslizábamos vacilantes hacia la puerta y, una vez sorteado el obstáculo, reanudamos el vuelo vertiginosamente.

<Tiene que haber algo aquí —observó Cassie—. ¡Allí!, ¿no veis una especie de cúpula enorme que brilla?>, preguntó.

<Sí, tienes razón. Puede que eso sea precisamente lo que andamos buscando. ¿Distinguís a alguien en la sala? ¿Algún humano a la vista?>

Nadie respondió.

<Entonces, Ax, transfórmate tú primero. Si alguien ataca, tu cuerpo de andalita resultará mucho más eficaz que el de un humano, aunque sean dos.>

<Sí, príncipe Jake>

<Ax, te lo he dicho muchas veces, no tienes que llamarme así.>

<Sí, príncipe Jake. Ya he comenzado la metamorfosis.>

<Bien. Cassie y yo esperaremos en el techo.>

Al cabo de un rato, un globo ocular enorme en el extremo de una especie de tallo se prolongó hacia nosotros, que colgábamos del techo. Se trataba, obviamente, de una de las antenas oculares de Ax. El ojo giró hasta situarse frente a nosotros.

Luego sentimos una violenta vibración en el aire y el ojo desapareció. Entonces se produjo una segunda vibración, como si algo pesado se hubiera desplomado.

<¿Ax? ¿Estás bien?>

<Sí, había un humano, pero lo he dejado inconsciente>, dijo

Recobramos nuestra forma natural tan rápido como pudimos y en cuanto recuperé mis ojos de humano, allí estaba, tan tranquilo y con su cuerpo de andalita. En la pared del fondo había un hombre vestido con bata blanca y una tablilla con sujetapapeles en las manos: el pobre estaba tirado en el suelo, inconsciente pero vivo.

<Como tu hermano es un controlador, preferí no matarlo —me dijo Ax—, temía que fuera él.>

—No, no lo es, pero has hecho bien Ax. Quienquiera que sea este tipo, seguro que es hermano, hijo o incluso padre de alguien.

Me miré de arriba abajo. Estaba descalzo, como siempre que recuperas tu estado normal después de una transformación, y llevaba sólo unos horribles pantalones de ciclista y una camiseta superajustada, ni siquiera Ax sabe cómo transformarse con algo más de ropa. Todos mis miembros parecían estar en su sitio.

—¿Estás bien, Cassie? —pregunté.

—Sí —señaló hacia lo que nos había parecido una enorme cúpula brillante. Resultó ser una especie de contenedor de acero inoxidable de unos dos metros y medio de largo.

—¿Sabéis lo que es eso? —dije riendo—. Es un jacuzzi con tapa. Me pregunto para qué tendrán esto en un hospital.

—Para terapia —aventuró Cassie—, pacientes con problemas de tensión muscular o dolores de espalda.

Me acerqué al jacuzzi, agarré la tapa por el asa y la levanté. Se abrió con facilidad gracias al sistema de goznes hidráulicos que llevaba incorporado. Me asomé a su interior y retrocedí ante la visión de unas aguas fangosas, oscuras y viscosas pero, sobre todo, turbulentas, porque en ellas se agitaban cientos de gusanos.

Eran yeerks en su estado natural.

—Vaya, vaya —dije.

<¡Yeerks! —exclamó Ax, con esa mezcla de asco y odio que los andalitas dejaban entrever siempre que pronunciaban esa palabra—. Un estanque yeerk portable, por lo tanto tiene que haber alguna kandrona cerca.>

Los yeerks cada tres días tienen que abandonar el cuerpo que habitan para sumergirse en uno de sus estanques y nutrirse de diferentes sustancias, pero sobre todo de rayos kandrona, que vienen a ser los rayos de su sol particular. Las kandronas son fuentes artificiales de rayos kandrona.

—¿Pueden vernos, Ax? ¿Nos están viendo ahora mismo?

<No, príncipe Jake. En su estado natural son ciegos.>

Empecé a bordear el estanque, cuando mi pie tropezó con algo sólido: era la bomba que accionaba el jacuzzi. En aquel momento estaba desconectada y uno de los

cables colgaba del enchufe de la pared. Además, alguien había arrancado el panel de control y dejado todos los cables al descubierto.

—Ax, ¿qué crees que les pasaría a todos esos gusanos si la temperatura del líquido subiese de repente a unos cincuenta grados centígrados y lo agitáramos?

<Que no podrían resistirlo>, contestó Ax dudoso.

—¡Qué pena, ¿no?! —la decisión estaba tomada—. Ax, vigila la puerta y avísame si viene alguien por el pasillo. Cassie, quizá necesitamos alguna fiera salvaje, ¿de qué animales dispones?

—¿Un lobo, por ejemplo?

—Perfecto, pero nada de aullidos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Cassie.

—Hemos venido aquí para detener toda esta operación, ¿no? Bueno, pues deshacerse de unos cuantos yeerks sería una buena forma de empezar. Voy a enchufar esto y a hervir a esas asquerosas sabandijas hasta que mueran.

No había herramientas en la habitación, sin embargo encontré algo de cinta adhesiva y unas pinzas. Con eso tendría suficiente para conectar algunos cables, el rojo con el rojo, el azul con el azul y el verde con el verde y como no había interruptores, se activaría automáticamente a máxima temperatura. Una voz en mi interior me decía que no podía ser tan fácil, pero por fin conecté el último cable y, para entonces, Cassie ya se había transformado por completo en un lobo grande y fiero que permanecía dócilmente en su sitio.

—Muy bien, es hora de freír unos cuantos yeerks.

Me agaché y conecté el aparato. Al cabo de unos segundos, el agua comenzó a chisporrotear y, poco a poco, se fueron formando miles de burbujas, como es habitual en un jacuzzi.

De pronto, la puerta se abrió y entraron un hombre y una mujer con bata blanca. Se quedaron parados durante unos segundos sin poder reaccionar.

—¡Andalita! —exclamó la mujer.

Sin perder un minuto, Cassie se abalanzó sobre ella, la golpeó y la tiró al suelo.

Ax se ocupó del hombre, pero éste fue más rápido y esquivó la cola del andalita.

Yo estaba todavía detrás del jacuzzi e intentaba concentrarme en el cuerpo del tigre para entrar en escena.

Justo entonces entraron dos hombres más con uniforme de guardas. Uno de ellos sacó una pistola.

—¡Ax! —grité—. ¡Tiene una pistola!

El andalita chasquó la cola.

—¡Aaaaagggghhhhh! —bramó de dolor el controlador que había perdido el arma.

—¡Alerta en el área del estanque! ¡Andalitas! —el otro guarda pidió ayuda por el *walkie-talkie* y luego desenfundó una pistola.

BANG! ¡BANG!

Después me contaron que hubo un tercer disparo, pero yo ya no lo oí.

Me golpearon con un martillo en la cabeza. Por un momento vacilé, pero perdí el conocimiento y caí de cabeza al jacuzzi, entre aquella masa de yeerks moribundos.

No sé cuánto tiempo permanecí inconsciente en el agua hirviendo del estanque. Desperté aterrorizado: ¡me estaba ahogando! Había tragado tanta agua que comencé a toser y a sufrir sacudidas. Aspirar aire era un martirio, la tos era tan violenta que me hizo vomitar.

Recuerdo también que la cabeza me dolía como nunca lo había hecho hasta entonces. Como si alguien me estuvieran taladrando el oído directamente hasta el cerebro.

Quería gritar pero no podía parar de toser y, de rodillas en el suelo de una sala del hospital, me retorció de dolor y luchaba por cada bocanada de aire, mientras a mi alrededor se desataba una batalla atroz.

Los controladores intentaban colarse por la puerta, pero ésta era demasiado estrecha para dar cabida a más de uno o de dos a la vez, lo cual facilitaba mucho a Ax y a Cassie. La cola mortal del andalita y los enormes y afilados dientes de lobo eran más que suficientes para contenerlos.

¡BANG!, otro disparo.

—¡No dispaes, estúpido! —alguien gritó—. Ahí es donde está el estanque. Visser Tres te sacará las entrañas si se entera.

Incluso en las condiciones en las que me encontraba, sabía que mis amigos no podría resistir mucho más. Tenía que transformarme y entrar en acción, pero me resultaba imposible. Quizás el dolor... o la falta de oxígeno, lo cierto era que no me podía concentrar. Tenía la sensación de que mi cerebro iba a la deriva y era incapaz de pensar con claridad.

De pronto, el pasillo entero retumbó como si alguien aporreara con fuerza las paredes. Lo siguiente que recuerdo son los alaridos y gritos de terror de los controladores y demás personas que se encontraban en el pasillo. Segundos después, se abrió la puerta de golpe y aparecieron un enorme gorila negro y otro lobo.

¡Marco y Rachel! Habían conseguido espantar a los controladores, aunque no por mucho tiempo.

<¡Jake está herido! —oí que decía Cassie—. Se ha caído en el estanque yeerk.>

<Marco, saca a Jake —ordenó Rachel—, y cúbrele la cabeza con algo. Ax, Cassie, vigilad la puerta mientras yo cambio de forma. Necesitamos más fuerza.>

Noté cómo me alzaban del suelo y me cubrían la cabeza con algo, probablemente la bata blanca de algún controlador herido. El gorila empezó a meceme como a un bebé.

<«Duérmete niño, duérmete ya» —bromeó Marco—. Aguanta, Jake, ya nos vamos.>

Seguía tosiendo, y aunque respiraba un poco mejor, todavía era incapaz de hablar.

Por lo menos no me iba a desmayar.

También mi dolor de cabeza disminuyó, pero me sentía cada vez más confuso.

—¡Atrapadlos! —bramó un controlador desde el pasillo—. ¡Atacad! ¡Atacad!

<Creo que no voy a poder por esta puerta —dijo Rachel—, voy a tener que hacer un hueco.>

A través de la tela que me cubría la cabeza pude ver un instante la sombra enorme y gris del elefante en que se había convertido Rachel.

<¿Rachel? —se preguntó una voz en mi cabeza, que sonaba sorprendida—. ¿Un humano?>

¡BBUUUMMM! ¡CRAAAAANNCCCHHH! ¡ZZAAASSSS!

<Ahora sí que puedo pasar>, se felicitó Rachel.

Gritos descontrolados a mi alrededor. El pánico y las quejas de dolor inundaban los pasillos.

Mi cuerpo se balanceaba de un lado a otro recibiendo golpes y chocando contra las paredes. En un momento dado incluso resbalé de los poderosos brazos del gorila. Después sentí que bajábamos escaleras y cómo unas manos trataban de agarrarme, sin éxito.

Por fin, aire fresco. Corríamos como locos hacia los árboles que se alzaban frente al hospital y entre los que podríamos escondernos.

<Cassie —llamó Marco—, tú tenías por ahí una forma de caballo, ¿verdad? Rápido, antes de que se organicen para perseguirnos.>

Me depositaron en el suelo y el gorila me descubrió un poco la cabeza.

<¿Estás vivo? ¡Caray! Esta vez nos hemos superado. Creo que el hospital va a tener que hacer reformas. Te vamos a poner sobre Cassie y nosotros te cubriremos en la huida.>

—Mi... cabeza... —musité.

<¿Te duele la cabeza? Bueno, no es de extrañar.>

—Algo... algo va mal... no puedo pensar.

<No te preocupes y relájate. Todo está controlado, más o menos.>

<¡Increíble! —dijo una voz en mi cabeza—. ¿Cómo puede ser? ¡Son humanos!>

¿Qué era esa voz? ¿De dónde salía?

Marco me levantó y me colocó sobre el lomo del caballo, que era Cassie.

<¿Cassie? Así que es humana, y Rachel, su prima, también.>

Intenté quitarme la bata de la cabeza. ¿Qué ocurría? Había una voz dentro de mi cabeza.

Huíamos al galope sorteando árboles y atravesando jardines. Los cascos de Cassie martilleaban con fuerza el asfalto de las calles que cruzábamos. Saltamos una valla y tuve la sensación de que volaba hasta que aterrizamos otra vez en el suelo.

Sufría espasmos de dolor pero cada vez más débiles. La bata estaba casi suelta y

divisaba árboles a nuestro alrededor y algún que otro caballo resollando.

Veía el paisaje pero era como si lo observara desde algún punto lejano, o a través de una pantalla de televisión. Mis ojos se movían a derecha e izquierda por cuenta propia, como si alguien los estuviera enfocando.

Cassie. Intentaba llamarla pero mi boca era incapaz de articular sonido alguno.

<No luches, Jake —me sugirió la voz en mi cabeza—, es inútil.>

Pero, ¿quién decía eso? ¿Qué estaba...?

Entonces oí una risa y más palabras.

<Pon a funcionar ese cerebro tuyo tan primitivo, Jake. Jake el animorph —se burló la voz—, ¡Jake el esclavo de esa escoria andalita!>

Entonces me di cuenta, ya sabía de dónde surgía esa voz. ¡Un yeerk!, tenía un yeerk en la cabeza. ¡Me había convertido en un controlador!

<Bravo, lo has adivinado>, se burló la voz.

<¡NO! ¡NO! ¡NO!>

<Jake, ¿te encuentras bien?>, preguntó Cassie.

Por un momento pensé que me había oído gritar pero no, sólo estaba preocupada.

<¿Está bien?>, preguntó Tobías que se había posado en una rama cercana.

<No lo sé. Está vivo porque respira, pero parece que está como ido o algo así. Tendremos que llevarle al médico.>

Yo quería avisarlos, quería gritar: ¡Me han atrapado! ¡Están dentro de mí!, pero no podía manejar mi boca. Era una sensación muy rara porque podía formar pensamientos y mandar órdenes a los labios y lengua pero ésta nunca llevaba a a cabo su cometido.

<Lucha todo lo que quieras, humano. ¡Enfréntate a mí si lo deseas! —se recreó el yeerk—. Pero nada cambiará. Estoy en tu cabeza, cubriendo tu cerebro como una manta viviente.>

<¡NO!>

<Puedo leer tus pensamientos y controlar tu cuerpo. Tengo pinchada tu memoria como una línea telefónica y puedo leerla como un libro abierto.>

<¡Sal de mi cabeza! ¡Fuera! ¡Fuera!>

<No seas ridículo, Jake. ¿Por qué iba yo a abandonar a un portador tan interesante? Así que tú eres el que está volviendo medio loco a Visser Tres. Un niño, un enano.>

<¿Enano? ¿Cómo demonios...?>

<¿Te sorprende que sepa como te llama Tom? ¡Ja,ja, ja! La venganza es dulce, ¿verdad? ¿Todavía no lo entiendes, niño listo? ¿Es que no ves lo que ha pasado, mi pequeño animorph?>

En cuanto Cassie recuperó su estado natural se arrodilló a mi lado y me miró a los ojos.

—Está consciente, sus ojos se mueven. ¿Jake? Jake, ¿puedes hablar?

Era una pesadilla, sí, tenía que tratarse de una pesadilla. Enseguida despertaría y me echaría a reír.

<Me llamo Temrash Uno Uno Cuatro —prosiguió el yeerk—, antes era Temrash Dos Cinco Dos del estanque Sulp Niar, pero he sido ascendido. Ya veo que te alegra la noticia.>

<¡Asquerosa sabandija! ¡Sal de mi cabeza!>

<¿A que no adivinas quién fue mi anterior portador? ¿Quién podría ser? ¿Quién podría ser?>, canturreó el yeerk.

<¡Cállate! ¡Cierra tu sucia boca! ¡No me hables! ¡Lárgate!> Aquello no estaba

sucediendo, no podía ser verdad.

<Fue Tom, claro, tu hermanito. Soy el yeerk que controló a tu hermano.>

Me quedé mudo de asombro.

<¿Qué?>, logré articular a duras penas.

<Ah, ya sabía yo que eso te iba a interesar. Pues sí, Tom fue mi portador.>

<Entonces... él... está...>

<¿Libre? ¡Ah! ¡Ja, ja, ja! —se rió en mi cabeza el monstruo—. Eres todavía más estúpido que tu hermano: el cuerpo de tu hermano ha sido ocupado por otro yeerk, alguien con rango más bajo Yo soy demasiado importante para desperdiciar mi inteligencia en el cuerpo de tu hermanito. Me han reservado un proyecto nuevo y más importante, un portador muy especial.>

<¿El gobernador?>

<¿Jake? —Tobías intentó comunicarse conmigo—. Jake, si me oyes, mueve la mano.>

<Muy bien, así que no eres completamente idiota —siguió diciendo el gusano—. En efecto, me iban a entregar a la persona más importante del planeta, pero esto es aún mejor. No te puedes imaginar cómo deseaba Visser Tres atraparnos a ti y a tus amigos. Se sorprenderá mucho cuando sepa que sois humanos.>

<Jamás te diré quiénes son los...>

<¿Los otros? ¿Te refieres a Cassie, Marco, Rachel y Tobías, el pajarraco de ese árbol, y sin olvidar al último andalita que queda en la Tierra, Aximili Esgarrouth Isthill?>

—Tenemos que llevarle al médico —insistió Cassie.

En ese momento llegó Marco, ya transformado en humano, vestido con el uniforme utilizado en las mutaciones y caminando con mucho cuidado para no lastimarse los pies descalzos.

—¿Al médico? ¿Necesita un médico? ¿Qué le pasa?

—Nada, no me pasa nada —dije de repente—. Estoy bien.

Yo no lo había dicho, mi boca pronunció la frase, no yo. Había sido el yeerk, él había hablado por mí.

—De ninguna manera —protestó Cassie—, te vamos a llevar al médico porque no me has contestado durante cinco minutos. A lo peor tienes una conmoción cerebral.

—No quería asustarte, Cassie —me incorporé—. Lo siento mucho, pero no te preocupes, estoy bien. Además, ¿a dónde me vas a llevar? ¿De vuelta al hospital? ¿Y qué pasa si me hacen un análisis de sangre y encuentran algo que les indique que soy un animorph?

—Ya, claro. Algo como qué —preguntó Marco, escéptico.

—Y yo qué sé, quizás algún resto de ADN de la cucaracha. Escuchad, me encuentro bien, ¿vale?

<Me voy —anunció Tobías—, quiero asegurarme de que no nos ha seguido nadie y comprobar que Rachel y Ax están bien.> extendió las alas y alzó el vuelo entre los árboles.

—En cuanto sepamos que Rachel y Ax están a salvo nos separaremos —ordenó mi boca.

El gusano estaba preparando el siguiente movimiento pero yo no podía oír sus pensamientos. Sentía cómo escarbaba en mi memoria para recabar rápidamente información sobre mis amigos.

Era espantoso, estaba utilizando mi cerebro, me estaba utilizando a mí.

Tenía que actuar rápido, tenía que hacer algo para avisar a Cassie y Marco. Seguro que ellos se darían cuenta enseguida porque eran las personas que mejor me conocían. Descubrirían que no se trataba de mí, ¿verdad?

—No creo que los yeerks puedan hacer mucho ahora mismo —le confió Marco a Cassie—. Estamos casi en mitad del parque nacional y les llevaría demasiado tiempo organizar la búsqueda, necesitarían un helicóptero y muchos controladores humanos y, lo mejor de todo, no saben muy bien qué es lo que persiguen —soltó una carcajada—. Al fin y al cabo, todavía creen que somos andalitas.

—Sí, pero eso significa que deberemos tener mucho cuidado con Ax —advirtió mi boca— Habrá que esconderlo. Me parece que hemos hervido a más de un yeerk en el jacuzzi, así que esta vez estarán especialmente enfadados.

Era increíble oírle hablar con mi voz. Había captado mi inflexión a la perfección y hasta utilizaba las palabras que yo hubiera escogido.

Cassie y Marco jamás se percatarían, para ellos el yeerk en mi cerebro era yo mismo.

<En efecto, mi pequeño humanoide —se burló el yeerk—, tu cuerpo es ahora mi casa. Sólo mía. Tu cuerpo y tu mente están bajo mi control, y yo que tú no intentarías oponer resistencia: tarde o temprano acabarán rindiéndose. Ningún portador ha vencido a un yeerk jamás, es algo imposible.>

Una ola de terror me inundó el alma porque sabía que decía la verdad, sabía que ningún portador había conseguido imponerse a un yeerk jamás.

Resistirse era inútil. Nunca recuperaría mi libertad. Si el yeerk cambiaba de portador, me introducirían otro, y así sucesivamente. Me había convertido en un esclavo, como Tom. Y sería así para siempre.

Oí algo detrás de mí. Alguien se acercaba, podía oír el crujido de las hojas bajo sus pasos. Al mismo tiempo apareció Tobías, descendió y se posó en una rama cercana.

Me di la vuelta. Era Rachel.

—¡Qué hay, primita! —la saludé—. Ya veo que estás bien.

De pronto algo me tocó el hombro. Me volví con sobresalto, porque no había oído

llegar a nadie más.

¡Ax! Era el andalita, se encontraba justo a mi espalda. Arrimó su cara a la mía y me miró fijamente a los ojos. En esa fracción de segundo se destapó el odio que había cruzado cientos de años luz en el espacio para renacer en la Tierra.

<¡Andalita!>, murmuró el yeerk en silencio, con una furia y un desprecio que me recordaron a Ax cuando pronunciaba la palabra «yeerk».

Por desgracia sólo lo oí yo, el maldito gusano no pronunció ni una sola sílaba. Pero como le había pillado por sorpresa y no estaba preparado, arrugó el labio, o mejor dicho, mi labio. Aquel acto reflejo e instintivo dejaba entrever una evidente repugnancia. Sólo duró unos segundos, y fue un gesto tan imperceptible que nadie reparó en él. Para entonces, el yeerk ya había preparado algunas frases.

—¡Caray, Ax! ¡Buen golpe cuando...!

En un abrir y cerrar de ojos, Ax arqueó la cola hacia delante y lo siguiente que vi fue la cuchilla afilada de su guadaña a tan sólo un par de centímetros de mi garganta.

<¡Yeerk!>, exclamó el andalita.

—¡Ax! ¿Pero qué haces? —chilló Cassie.

—¿Te has vuelto loco? —exclamó Marco.

—¿Qué te ocurre, Ax? —le preguntó mi voz al andalita.

No respondió ni retiró su apéndice mortal.

<Han tomado al príncipe Jake, es un controlador.>

—¿Qué dices? —le espetó Rachel—. Atrás, Ax. Te equivocas.

<Ha tenido la cabeza dentro del estanque mucho tiempo y le ha entrado un yeerk —informó Ax—. Hace un momento... ¿Es que no habéis visto su expresión de sorpresa al verme? Yo no soy humano y no conozco todos vuestros gestos, así que decidme, ¿qué clase de expresión era ésa?>

—Esto es ridículo —el yeerk soltó una risotada muy poco convincente—. Marco... Cassie... ¿por qué no le explicáis a este chiflado que estoy bien?

Una sombra de duda cubrió por un momento los astutos ojos de Marco.

—Pues claro que estás bien, Jake. Dime una cosa, Cassie, ¿no has dicho que Jake estaba como ido y que durante al menos cinco minutos no reaccionó a pesar de estar completamente despierto?

Cassie asintió. Ella también empezaba a sospechar.

—Sí, la verdad es que parecía el de siempre, pero no respondía —se encogió de hombros—. Lo siento, Jake, pero la verdad es que te has comportado de una forma bastante extraña.

<Cuando un yeerk entra en un cuerpo, le lleva un tiempo hacerse con el control de la mente del portador —explicó Ax.

»Durante ese intervalo, el portador languidece, se muestra pasivo, es como si entrara en coma.>

Si hubiera podido, le habría dado un beso al andalita allí mismo. Quería gritar: «¡Eso es! ¡Muy bien, Ax!».

—Venga, chicos, no es posible que le creáis —insistió mi boca—, ya sé que tenemos que andar con pies de plomo, pero se trata de mí, de Jake. ¡Soy yo, Jake!

—Por eso mismo, porque eres Jake, entenderás que nos tomemos un minuto para considerar todo este asunto, ¿no? —intervino Rachel—. Ax, ¿cómo podemos saber quién tiene razón?

<Los yeerks deben regresar cada tres días al estanque y absorber los rayos kandrona, ¿verdad? —señaló Tobías—. Podríamos encerrarlo durante tres días y ver qué pasa.>

Justo entonces percibí una pequeña punzada de terror procedente del yeerk.

Estaba considerando sus posibilidades y la táctica a seguir, pero la hoja cortante de la cola de Ax en mi garganta lo mantenía a raya.

—No podemos retenerlo tres días —protestó Cassie—. Su familia armaría un escándalo, primero averiguarían que no ha ido al colegio y después llamarían a la policía.

—Escuchad... Holaaa, ¿holaaa? Soy yo, Jake, ¿recordáis? No soy un controlador.

—Si Jake tiene a uno de esos gusanos en la cabeza —observó Marco haciendo un gesto negativo con la cabeza—, esa sabandija conoce todos nuestros secretos y, si consigue ponerse en contacto con otro yeerk, será nuestro fin. No podemos arriesgarnos. Aunque no sepamos si Ax está en lo cierto, no queda otro remedio.

<Estoy de acuerdo —corroboró Tobías—. Si es Jake, lo entenderá, y si es un controlador, entonces lo habremos averiguado, ¿no?>

—¿Rachel? —preguntó Marco.

—Lo siento, Jake —contestó mi prima mirándome fijamente a los ojos—, pero tenemos que asegurarnos. Lo entiendes, ¿verdad?

—Escuchad —protesté—, como ha dicho Cassie, mis padres se volverán locos y llamarán a la policía. Son capaces de ir incluso a la televisión para preguntar si alguien me ha visto. Cubrirán la ciudad de pósters con mi foto.

»No te lo tomes a mal, Tobías, pero yo tengo una familia de verdad y no un montón de tíos, y una tía, que no saben qué hacer conmigo. Si desaparezco armarán un buen lío, la gente se enterará —me dirigí a Cassie—. Venga, Cassie, díselo tú.

«Venga Cassie —pensaba yo—, sé fuerte. No te compadezcas de mí, no seas blanda».

—Hay un modo —vaciló Cassie.

—¿De saber si es un controlador? —preguntó Rachel.

—No —contestó. Su voz iba ganando firmeza—. Un modo de evitar que en su familia y en el colegio se den cuenta. Ax podría transformarse en Jake.

¡Bingo, Cassie! Era absolutamente asombrosa. Había dado con la única solución posible. Ojalá hubiera podido decirle en ese momento lo maravillosa, inteligente y genial que era.

El yeerk de mi cabeza, sin embargo, no parecía muy contento.

<¿Qué te pasa, Temrash Uno Uno Cuatro del estanque Sulp Niar? —le pregunté—. ¿Ya se te han bajado los humos?>

Ax acercó una de sus delicadas manos de múltiples dedos a mi frente y con los dedos ejerció una ligera presión.

<Voy a adquirir tu ADN, príncipe Jake>, advirtió.

El yeerk no lo aguantó más, el roce del andalita era más de lo que podía resistir.

—¡Quítame la mano de encima, maldito andalita! —gritó sin poderse contener con mi voz un poco distorsionada.

Por suerte la cola de Ax permanecía todavía a un centímetro de mi yugular y el yeerk conocía de sobra su rapidez de movimientos, así que decidió quedarse quieto.

Los demás se miraron con los ojos abiertos como platos.

—Bien —apuntó Rachel—, por lo menos ahora ya lo sabemos.

—No, os equivocáis —suplicó mi voz—. He perdido los nervios, eso es todo. Lo de esta mañana ha sido espantoso, ¿es que no me creéis? Venga, dadme un voto de confianza.

<¿«Maldito andalita»? —repitió Tobías—. ¿Cómo vamos a creernos que Jake haya dicho esto? ¿Jake? ¿Producto de los nervios? Imposible.>

—Jake —me dijo Cassie mirándome a los ojos—, sé que estás ahí y seguro que un poco asustado, pero no te preocupes, te prometo que te vamos a sacar esa cosa de la cabeza.

—Bien —señaló Marco—, tenemos que encontrar un sitio para esconderlo.

—Las casas de los demás quedan descartadas —observó Cassie, pensando en voz alta—. No podemos usar el granero porque mi padre entra y sale constantemente.

<Yo sé de un sitio —propuso Tobías—. No está muy lejos de aquí. Se trata de una vieja cabaña perdida en el bosque.>

—Lo podemos atar —sugirió Rachel—, aunque, de todas formas, uno de nosotros tendrá que quedarse con él para vigilar que no escape.

<A mí no me miréis —advirtió Ax—, porque yo estaré haciendo de Jake>.

—De acuerdo —respondió Marco—, entonces los demás, Cassie, Rachel y yo haremos turnos con Tobías, que puede permanecer todo el tiempo, excepto cuándo tenga que cazar.

—De acuerdo, vámonos —indicó Rachel—. Venga, Jake, levántate, que nos vamos.

Cassie se acercó y me tendió la mano para que me incorporara.

Fue una sensación extraña porque sentía la mano de Cassie, pero no tenía ninguna fuerza para apretarla o darle alguna muestra de afecto. El yeerk lo hizo por mí. La retuvo durante unos segundos.

<Ella se preocupa por ti —me informó el yeerk—, es el punto débil del grupo. Rachel es fuerte y también el pajarraco, y el andalita. Marco, en cambio... piensa demasiado y tiene una historia muy interesante, quizá no sea muy difícil de convencer.>

Me sentía enfermo. El yeerk iba abriendo los diferentes compartimentos de mi mente a su antojo y leía cuanto quería, me había arrebatado mis secretos. Lo sabía todo acerca de mis amigos. Si lograra escapar...

Empezamos a caminar siguiendo a Tobías que aparecía y desaparecía entre los árboles.

Delante de mí iba Rachel y detrás Marco y Ax. Cassie caminaba a mi lado.

—Lo único que sabemos por ahora, Jake, es que nos oyes y entiendes lo que decimos —observó Cassie—, pero no puedes responder o, mejor dicho, el que responde no eres tú...

—Que sí, soy yo —insistió el yeerk—, ¿quién si no?

—Un yeerk —contestó Cassie con toda tranquilidad.

—¿O sea que pensáis que soy un controlador sólo porque le he levantado la voz a Ax? Como si nunca hubiera perdido los estribos. Sabéis de sobra que hemos tenido un día muy duro, sobre todo yo.

<No ha sido tan duro para ti, después de todo —me contradijo Ax desde detrás dirigiéndose al gusano—. ¿Cuántos yeerks había en el estanque, y cuántos han

sobrevivido al agua hirviendo? Sólo tú, porque lograste introducirte en el cuerpo del príncipe Jake. Dime, ¿cuántos de tus compañeros han muerto hoy?>

Sentía cómo la rabia del yeerk crecía en mi interior. Era una sensación terrible y extraña a la vez. Nunca había experimentado tanto odio, un odio que el gusano no podía disimular. Aunque me resultaba imposible leer sus pensamientos, podía sentir sus intensas emociones.

—Ax —dijo el yeerk—, yo nunca me alegro cuando una criatura muere, pero esos gusanos no me dan ninguna pena. Han venido aquí para hacernos esclavos suyos. Creo que hemos hecho lo correcto.

Era perfecto, justo lo que yo hubiera dicho, porque era lo que sentía exactamente.

Con el rabillo del ojo, vi que Cassie me miraba sorprendida.

<¿Ves? Tu amiguita empieza a dudar —me informó el yeerk—. No le ha gustado nada el macabro comentario del andalita y prefiere lo que he dicho yo.>

¿Tendría razón? ¿Conseguirían mis amigos mantenerse firmes en su postura cuando cada palabra que yo pronunciara sonara exactamente como si la hubiera dicho yo?

Caminamos por el bosque durante un buen rato o, al menos, eso me pareció. No podíamos andar muy deprisa porque íbamos descalzos, pero Tobías conocía bien el bosque y eligió una ruta donde no hubiera zarzas ni tramos difíciles. A pesar de todo, después de caminar durante una hora sobre hojas de pino y pequeñas ramas acabé con los pies destrozados.

Sin embargo, el dolor me llegaba desde muy lejos, como si estuviera encadenado a una pared y no pudiese mover ni un solo músculo, ni siquiera cerrar los ojos, ni decidir en qué dirección mirar.

El dominio del yeerk era absoluto.

<Ya casi hemos llegado —anunció Tobías—. Voy a elevarme para comprobar que no haya nadie en la zona.>

<Tanto caminar para nada, ¡vaya pérdida de tiempo! —me comentó el yeerk—. Jamás podrán retenerme en contra de mi voluntad, ni tres horas y menos tres días.>

—Has oído a Tobías, ¿verdad, Jake? —preguntó Cassie—. Ya casi estamos. ¡Por fin! Los pies me están matando. Tendré que andar descalza más a menudo, como cuando era pequeña, así fortaleceré la planta de los pies para cuando surjan ocasiones como ésta. Volver a casa será mucho más fácil. También podría convertirme en águila pescadora y salir volando.

—Cassie, escucha —le susurró el gusano—, ya sé que pensáis que estáis haciendo lo correcto, pero es imposible que Ax se haga pasar por mí y engañe a mis padres. Se darán cuenta y, lo que es peor, Tom lo averiguará todo y entonces estaremos perdidos. Pero ¿es que no lo ves?

—Cierra el pico, yeerk —me espetó Rachel—. Conozco a Jake desde que nací,

Marco lo conoce desde que era niño y Cassie desde hace años, así que resultará sencillo enseñar a Ax cómo hacerse pasar por Jake.

—No funcionará —insistió el yeerk.

Rachel se detuvo, se dio la vuelta y, sin dejarme avanzar, me miró con una sonrisa de satisfacción, aunque no me miraba a los ojos, sino como si quisiera traspasarme.

—Eso es lo que piensas, ¿verdad, yeerk? —añadió Rachel.

—Rachel —replicó el yeerk tras detenerse—, no tienes por qué hacerte la dura conmigo, sé que eres lo bastante inteligente como para no creerte toda esta historia, y además sabes tan bien como yo que no va a funcionar.

—No estoy de acuerdo —exclamó una voz desde atrás—. Los humanos creen en aquello que ven.

El yeerk giró mi cabeza y allí... a un metro estaba... yo. Sí, era yo.

Era una copia perfecta de mí mismo, como si me estuviera mirando en el espejo.

—Llevo un buen rato transformado —explicó Ax— y he estado observando tu forma de andar y de moverte para imitarte mejor. Jor. Jor.

—Puede que seas idéntico a mí físicamente —replicó el yeerk con cierto tono de desprecio—, pero no es suficiente. En menos de una hora Tom te habrá descubierto.

Marco miró a Rachel y arqueó una ceja. Rachel miró a Cassie y ésta dejó escapar un suspiro y asintió.

—Vaya, ¡qué forma más tonta de delatarte tú solito, yeerk! —observó Marco—. Si fueras de verdad Jake, a lo mejor te sentirías un poco molesto y frustrado porque sospechamos de ti, pero sin duda ayudarías a Ax a representar su papel lo mejor posible. Si tú fueras tú, bueno yo ya me entiendo, desearías que el plan saliera bien.

—Te acabas de hacer jaque mate a ti mismo —añadió Rachel arrugando el labio con desprecio—. Sigues insistiendo en que te soltemos, pero si fueras el verdadero Jake, a estas alturas ya habrías comprendido que tu obligación es ayudarnos.

El yeerk no contestó. Supongo que reconocía haber cometido un error pero, aún así, se mostraba absolutamente confiado, como un jugador de póquer que se reserva un as en la manga.

Llegamos a la cabaña. Era un sitio deprimente, medio derruido, con suelo de madera, paredes de troncos y un techo que no cubría ni la mitad de la vivienda. En los travesaños de la parte superior, los pájaros habían hecho nidos y los matorrales se habían colado por uno de los huecos y crecían a su antojo cubriendo una de las paredes del interior. Había latas de cerveza y de algún que otro refresco desparramadas por el suelo, pero eran muy viejas. Nada en la cabaña era nuevo.

Tobías había acertado con el sitio, nadie pasaría por ahí en tres días.

Tobías, con su visión láser, había encontrado un trozo de cuerda en un camping abandonado. Lo trajo enrollado en las garras y se lo entregó a Marco y Rachel para que me ataran las manos a la espalda.

—Lo siento, amigo —se justificó Marco—, pero no hay más remedio. Si estás ahí lo entenderás.

—Aflojaremos la cuerda cada dos horas para que no se te corte la circulación —me tranquilizó Rachel—. Yo haré el primer turno, mientras Cassie y Marco vuelven con Ax y ultiman detalles. El andalita ya ha conseguido tu aspecto de niño serio y responsable —dijo con una sonrisa—, sólo le falta un poco de tu sentido del humor y olvidar esa costumbre de repetir los sonidos.

A mí me parecía muy bien, pero no podía evitar estar nervioso porque sólo había dos personas vigilándome. Claro que uno de ellos era Tobías y jamás podría correr más rápido que él, y Rachel siempre podía adoptar su forma de lobo y darme alcance.

Aunque lo que más me preocupaba era que el gusano de mi cabeza no se hubiera desanimado lo más mínimo. Al contrario, fantaseaba con ascensos y más poder en el futuro.

<En pocas horas estaré con los míos —amenazó el yeerk— y en persona le contaré a Visser todo cuanto sé. Será vuestro fin. ¡El fin! Y además el jefe me ascenderá de nuevo. Me premiará con la serie de ascensos más rápidos de la historia. Ya estoy en las centenas y pronto llegaré a las decenas. Me convertiré en subvisser y quizás un día llegue a Visser, ¿quién sabe?>

No se trataba sólo de palabras, en mi mente se proyectaban imágenes. Escenas incompletas en las que Visser Tres asentía cuando aquel yeerk, todavía alojado en mi cabeza, le mostraba a mis amigos, atados, amordazados, indefensos, amontonados en el suelo de la nave-espada de Visser Tres.

¿Cómo era posible que yo viera esto si no tenía acceso al resto de sus pensamientos? ¿Acaso su imaginación era tan poderosa que lo superaba? ¿O quizá lo hacía a propósito para martirizarme?

<¿Tienes esas fantasías muy a menudo?>, le pregunté con malicia.

<¿Te burlas de mis fantasías? ¿Qué tal si me sumerjo en las tuyas y así vemos qué se esconde en el fondo de tu cerebro humano?>

Y entonces desapareció la cabaña. Me encontraba en el centro de una especie de gimnasio enorme y muy bien iluminado. ¡Un momento! No era un gimnasio exactamente, sino un estadio abarrotado de miles y miles de fans.

¡Qué horror! Quería que me tragara la tierra. Recordaba esa fantasía y era consciente de lo absurda que era, pero me resultaba imposible borrarla de mi mente porque el yeerk podía jugar con mis fantasías a su antojo, y programarlas como una cinta de vídeo.

En la fantasía, la gente me vitoreaba. Y yo, con el uniforme del equipo, un poco mayor que ahora, pero prácticamente con el mismo aspecto, estaba en el centro del campo.

Faltaban cinco segundos para el final. Cuatro, tres. Me detuve y lancé un tiro de tres desde medio campo.

¡Zas! ¡Canasta!

El estadio entero pareció venirse abajo, vítores, aplausos, sonidos de bocinas y la gente coreando mi nombre.

Y allí, en las gradas, estaba Cassie sonriente y sentada al lado de mis padres. También estaba Tom, que se levantó, descendió hasta la cancha, se acercó y me abrazó mientras me daba palmadas en la espalda.

—¡Qué partidazo! —comentó mi hermano—, como siempre.

La fantasía llegó a su fin, las imágenes se desvanecieron y yo me sentí de repente insignificante, muy poca cosa, muy débil.

<Vaya —se jactó el yeerk y soltó una carcajada—, veo que no te hace mucha gracia que yo pueda hacer rodar tus pensamientos hacia delante y hacia atrás. Tu cerebro funciona como uno de esos primitivos ordenadores de los humanos. Puedo abrir cualquier archivo, y utilizar el software que desee. Tú me perteneces, recuérdalo. Te tengo dominado, no eres nada, sólo un eco, un fantasma que ronda la máquina de tu propio cerebro.>

<¿Ah, sí? —alcancé a decir—. Tú eres el único perdedor aquí, atado en una cabaña perdida en el bosque. En tres días estarás muerto.>

<No duraré aquí ni un día>, replicó.

<Te pudrirás aquí, lejos de tu sucio estanque, sin tus rayos kandrona. Empezarás a temblar y morirás, y entonces abandonarás mi cuerpo —había mantenido la calma hasta aquel momento, pero perdí el control— ¡Morirás! ¡Morirás como todos los demás! ¿O es que creías que te ibas a salir con la tuya! ¡Morirás! ¡morirás!, ¡morirás! ¡No puedes controlarme! ¡No puedes controlarme! ¡No puedes controlarme!>

<Vaya —repuso con suavidad el yeerk—, me recuerdas a tu hermano al principio, pero quizá prefieras verlo por ti mismo. ¿Quieres que te enseñe uno de los recuerdos de Tom? Siento cómo te encoges de miedo. Sí, sí, aquí está. Es sólo un avance de lo que te espera.>

Era como si otra mente se hubiera abierto en mí. No se trataba de una visión, ni de una imagen cinematográfica, yo estaba presente en la escena, era absolutamente real. Aquélla era la mente de mi hermano, sus pensamientos y sus recuerdos, tan claros como si fuera a mí a quien pertenecieran. Lo peor de todo era que el yeerk poseía esa parte de Tom.

La escena era de hacía pocos días. Estábamos desayunando y él, como siempre, estaba enfrente de mí en la mesa. Yo me vi a mí mismo a través de sus ojos... distante, distraído, incluso preocupado.

—¡Hola, enano!, ¿qué te cuentas? —me había preguntado.

—Pues ya ves —contesté—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Tengo una reunión. Ya no me acordaba.

—¿En La Alianza? —le había preguntado yo.

—Sí, hoy nos toca limpiar el parque, ya sabes, como un servicio a la comunidad y todo ese rollo. Pero después hacemos una barbacoa. Deberías hacerte socio, así pasaríamos más tiempo juntos.

Era exactamente como yo lo recordaba, sólo que ahora sentía las emociones de Tom y no las mías. El Tom verdadero, el Tom real, anulado bajo el control del yeerk, sollozaba en silencio y en vano.

<A Jake no, por favor —rogaba—. Dejadlo en paz, dejad a mi hermano tranquilo. Os juro que... escuchad, jamás os daré problemas si lo dejáis en paz.>

El yeerk aguardó el tiempo suficiente para que dejara huella en mí la

desesperación de mi hermano. Tom había sido derrotado y su único deseo era morir. Había perdido toda esperanza de escapar.

<Siempre ocurre lo mismo —explicó el yeerk—, al principio, el portador lucha o, al menos, lo intenta, pero con el paso del tiempo, se da cuenta de que ya no puede controlar su propio cuerpo y, sobre todo, es consciente de que nadie sabe lo que le está ocurriendo, de que nadie sabe que se ha perdido dentro de su propia mente; de esa manera, poco a poco, la esperanza desaparece y el portador se convierte en una débil sombra de sí mismo hecha pedazos. Como tu hermano, por ejemplo.>

El gusano decía la verdad y eso era lo más terrible de todo, que era la pura verdad. Yo había sido testigo de la desesperación de Tom. Mi hermano había aceptado la derrota y a lo único que aspiraba era a morir.

Yo sabía que mi fortaleza no era mayor que la de mi hermano.

Sin embargo, conservaba una esperanza.

<Tres días —le recordé al yeerk—, tres días más y morirás.>

<Espera y verás, humano. Sólo espera y verás.>

Aquella misma noche averigüé por qué el yeerk se sentía tan confiado.

Rachel montaba guardia y Tobías se había posado en un árbol cercano.

Habían traído comida, unos bocadillos y zumo, de los que «yo» había comido. Después, mientras Rachel leía un libro sentada a la luz de la linterna, el yeerk fingió dormir.

Supongo que, de alguna manera, yo me dormí un rato, porque me encontraba mentalmente derrotado, agotado y deprimido. Nunca había estado tan cansado en mi vida. Y, aunque tenía miedo de soñar ya que el yeerk era capaz de ver mis sueños, supongo que caí dormido. Y, una vez más, soñé con el tigre.

Yo era un tigre y Tom, mi presa. Estábamos en la oscuridad del bosque y yo utilizaba todas mis habilidades de felino. Tom era débil y tropezaba a cada momento haciendo mucho ruido. Sería una presa fácil.

Cuando ya no podía correr más, se cayó y esperó indefenso mientras yo, reuniendo todas mis fuerzas, me disponía a saltar...

Entonces, dejaba de ser un tigre y me convertía en mi propia presa, allí inmóvil, con los ojos desorbitados por el miedo, veía cómo el tigre se abalanzaba sobre mí.

Me desperté de golpe y noté que mis ojos estaban abiertos.

<Un sueño muy interesante —observó el yeerk—, muy metafórico.>

Miré la habitación a través de los ojos que el yeerk había abierto y vi a Rachel apoyada contra la pared con el libro abierto sobre el regazo. Respiraba más fuerte y de forma regular y tenía los ojos cerrados. ¡Se había quedado dormida!

La linterna, todavía encendida, iluminaba el áspero suelo de madera hasta llegar a mi pierna y brazo derechos.

Mi brazo... Mi pierna... ¡Oh, no! ¡Había cambiado! Mis brazos eran mucho más gruesos, más fuertes y seguían creciendo. Mis manos se habían hinchado hasta hacerse enormes y además los dedos iban desapareciendo y en su lugar crecían unas garras curvadas y afiladas como estiletes.

Una ola de pelaje anaranjado con rayas negras empezó a crecer hasta inundar todo mi cuerpo.

¡Me estaba convirtiendo en tigre!

¡Me estaba transformando! ¡El yeerk se estaba transformando!

¡Qué estúpido había sido! Claro, si el yeerk controlaba mis manos, mis pies, mi voz, mi mente, ¿por qué no iba a ser capaz de mutar?

A los otros tampoco se les había ocurrido que pudiera pasar algo así, no lo habían previsto, me habían atado en vano. Sus precauciones habían sido inútiles porque el yeerk tenía acceso a todas las formas animales en las que yo me había convertido.

Las cuerdas que sujetaban mis muñecas casi me cortaban la circulación cuando

las manos empezaron a hincharse hasta transmutarse en poderosas zarpas. Rápidamente, el yeerk levantó la cuerda y los dientes del tigre la cortaron.

Quería avisar a Rachel, que todavía dormía, la tenía que avisar porque el yeerk se iba a escapar y era capaz hasta de matarla. Pero, por mucho que lo intentara, me resultaba imposible controlar mi propio cuerpo.

<No la voy a matar —me informó el yeerk—, al igual que tú, ella también puede mutar y prefiero entregarle a Visser Tres cuatro humanos capaces de transformarse, además de esa escoria andalita, claro.>

La noche cobró luminosidad a través de los ojos del tigre y mis oídos captaban cualquier ruido procedente de los predadores.

El tigre husmeaba el aire, pero la brisa era suave y no recogía señales de peligro.

<¡Qué animal tan fascinante es el tigre! —alabó el yeerk—. Sus sentidos son asombrosos. Es rápido, silencioso y mortal.>

El bosque estaba oscuro y tranquilo, sólo se escuchaba el susurro de las hojas en los árboles. El silencio era casi absoluto mientras el tigre se deslizaba y se confundía con las negras sombras. No se oía nada y Rachel dormía.

Pronto, la cabaña se perdió en la distancia y la negra noche se tragó el haz de luz que surgía de la linterna.

Pero el yeerk comenzó a mostrarse inseguro porque no sabía muy bien dónde nos encontrábamos ni hacia dónde ir.

Y justo entonces... un ruido y un olor.

¡Humanos!

<¿Cómo es que hay por aquí humanos? —abrió mi memoria en busca de una explicación pero yo no tenía ninguna—. Tu mente me dice que esto es muy raro, que es muy tarde y que no debería haber humanos en esta parte del bosque.>

El yeerk se apartó del olor a humano, podrían ser cazadores, o quizá guardabosques, éstas eran las dos únicas posibilidades que el yeerk había extraído de mi cerebro.

El yeerk obligó al tigre a correr, pero al cabo de diez minutos el animal se cansó y aminoró la marcha. Los tigres sólo son buenos corredores de distancias cortas.

<¿Qué dirección debo tomar?>, se preguntó el yeerk.

Y de nuevo percibí olor y sonidos de humanos.

Miré a mi alrededor y no vi nada. El yeerk se desvió una vez más de aquel olor.

<Hacia el sur —el yeerk comprobó de nuevo mi memoria—. Debo ir hacia el sur pero ¿dónde está el sur? Si me equivoco de dirección me adentraré todavía más en el bosque.>

<Creo que te has perdido>, señalé. Era lo primero que le decía había un buen rato.

<Calla, esclavo. En cuanto salga el sol me orientaré.>

<Dos horas es el límite —le recordé—. Si me quedo para siempre en esta forma,

mi cuerpo no te servirá de nada, porque Visser Tres quiere un cuerpo capaz de mutar>.

<¡No me digas lo que Visser Tres quiere!>, vociferó el yeerk.

El tiempo pasaba y pronto tendría que volver a mi estado natural. En efecto, poco después volvía a ver el mundo a través de mis sentidos humanos. La visión nocturna había disminuido, así como el oído, y el olfato había perdido casi por completo su función, apenas podía distinguir olores.

El yeerk me obligaba a caminar todo lo rápido que podía sin zapatos.

<¿Tienes prisa por llegar a algún sitio?>, le pregunté.

<Sé perfectamente adónde voy —contestó cortante y se paró—. ¡Vaya! ¡Cómo no se me había ocurrido antes! ¡Claro!, ¡me transformaré en halcón! Lo único que tengo que hacer es volar.>

Lo contemplaba todo como cuando ves un programa de televisión, desde fuera. Observé con interés cómo mi cuerpo disminuía, me crecían alas y me salían las garras, cómo...

¡ZASSS! Mi cuerpo, mitad pájaro mitad humano, salió rodando por el suelo.

<¿Qué demonios...? —preguntó el yeerk—. ¿Qué me ha golpeado?>

Movió la cabeza frenético de un lado a otro, pero los ojos de halcón, asombrosamente buenos durante el día, que es cuando cazan, no son gran cosa por la noche.

EL yeerk siguió con la metamorfosis. Me brotaron las plumas y las alas se completaron.

¡ZASSS!

Una sombra entre las sombras, algo oscuro rozó al halcón antes de que éste pudiera siquiera girar la cabeza. Convertido casi en espectador me percaté de que habían herido al animal, tenía un corte hondo en el hombro derecho que no dejaba de sangrar. El yeerk empezó a sentir miedo.

¡ZASSS!, otro golpe a ciegas le rasgó la piel.

El enemigo invisible había atacado de nuevo y esta vez se aseguró de que le fuera imposible levantar el vuelo. El halcón había quedado inutilizado por un enemigo silencioso e invisible.

Entonces recuperé la esperanza porque, mientras el yeerk, entre espasmos de dolor, recuperaba la forma humana, vi al enemigo.

Se posó en una rama donde el débil reflejo de la luna y las escasas estrellas resaltaban su figura. Los dos pequeños penachos que lucía en la cabeza me dieron la clave.

<Es el gran búho>, informé al yeerk.

<No hace falta que me lo digas, leo tus pensamientos>, replicó bruscamente el yeerk.

<Ya, pero disfruto contándote estas cosas. El búho de Virginia vuela sin hacer ruido. A veces Tobías los observa cazar y nos ha explicado que son capaces de oír a un ratón eructar a un kilómetro de distancia. Dice también que son capaces de ver cómo un insecto pestañea en una noche negra como el carbón —me reía en silencio, agazapado en una esquina de mi cerebro. Me reía del yeerk—. Para ese búho ahora mismo es como si llevaras una linterna en la cabeza.>

Entonces, y para mi sorpresa, me llegó la voz de Cassie por telepatía. Una voz silenciosa que parecía proceder de otro mundo.

<Perdona por haberte herido, Jake, pero tuvimos que hacerlo. Sabíamos que el yeerk intentaría transformarse, así que estábamos alerta. Rachel se hizo la dormida. Queríamos que tu yeerk escapara cuando nosotros estuviéramos preparados. Tranquilízate, Jake, y ten paciencia porque en el bosque estamos todos tus amigos.>

Eran los humanos que el tigre había olido... mis amigos.

Entonces lo percibí de nuevo y esa sensación me llenó de júbilo. Sentí el miedo del yeerk. Su terror me provocó un gran alivio y un enorme placer.

El yeerk estaba abriendo mi memoria como si fuera un libro, y repasaba la lista de formas que yo había adoptado: un perro, un pez, una pulga, una gaviota, un delfín, una hormiga, un lobo.

Sabía lo que pensaba, ¿cuál resultaría más útil para escapar de aquel búho que acechaba desde el árbol? Un animal que veía por la noche como si fuera de día y que era capaz de escuchar sonidos imperceptibles para el oído humano.

<Tu amiguita no podrá permanecer transformada mucho tiempo —me recordó el yeerk—, tiene un límite de dos horas como yo.>

<Pero también están Rachel, Marcho y Ax, ¿quién sabe cuántos de ellos hay? Desde luego tú no, y tampoco sabes dónde están o qué son.>

<¿Acaso el gran búho de Virginia es capaz de ver una pulga? Lo dudo. ¿Y una hormiga?>, sonrió maléficamente.

<Tienes razón, pero ¿qué distancia habrá cubierto una pulga en dos horas? ¿Nueve, diez metros? Para entonces, tendrás que transformarte de nuevo y mis amigos te encontrarán.>

<¡Cállate!>, gritó el yeerk, a punto de perder la paciencia.

Su rabia me divertía. Por fin el gusano había perdido toda su confianza y tenía miedo. Pero, sobre todo, aprendía algo muy importante. Sí, yo no podía controlar mis piernas ni mis brazos, ni tampoco mantener cerrada mi mente, sin embargo él no podía frenar el curso de mis pensamientos ni impedir que le hablara. Y yo seguía intentando fastidiarle y distraerle para romper su concentración y así evitar que diera con una solución.

<¿Crees que puedes molestarme? —dijo, tras leer mis pensamientos—. Te valoras demasiado.>

<Tú eres el que nos infravalora, yeerk. Pensabas que podías transformarte y escapar con toda tranquilidad, ¿eh? Pues ya ves, estabas equivocado y además el tiempo sigue corriendo y ya te quedan menos de dos días y medio. Tic-tac, yeerk. Tic-tac.>

<Vamos a ver cómo se las arregla tu amigo el búho con un lobo.>

Empezó a transformarse. El lobo es una de mis formas preferidas porque desconocen el miedo y sus instintos se manejan con facilidad, no como ocurre con las hormigas, o con el lagarto, una de mis primeras metamorfosis.

Mi cuerpo se cubrió de un pelaje grisáceo y mi cara se proyectó hacia delante hasta formar un hocico alargado. Después, mis orejas se desplazaron hacia la parte posterior de la cabeza.

<Veo que nuestro amigo, el búho, mantiene las distancias —observó el yeerk—, lo que yo pensaba.>

Inició la marcha a trote ligero. A diferencia de los tigres, los lobos cubren largas distancias en tan sólo una carrera y, lo que es aún peor, el cerebro del lobo posee en cierto modo el sentido de la orientación, sabe cómo llegar hasta el corazón del bosque y cómo ir a la ciudad.

Atravesamos el bosque en la oscuridad de la noche. Las espesas nubes que cubrían el cielo reflejaban tan sólo un pálido resplandor de luna.

<En un momento nos plantamos en lo que aquí llaman civilización, y una vez allí me transformaré en humano y tus amigos no podrán detenerme>, se jactó el yeerk.

Yo me preguntaba a quién trataba de convencer, a mí o a él mismo.

<La humildad no va con vosotros, ¿verdad?>

<¿Nos estás llamando arrogantes? ¿Y por qué no? Somos la raza más poderosa de toda la galaxia, señores de los taxxonitas, conquistadores de los hork-bajir, los sstramitas y los mak y, muy pronto, de los humanos.>

<No vayas tan deprisa. No cuentes a los humanos de momento —repliqué—. Además todavía quedan los andalitas.>

<Los andalitas los reservamos para el final>, siseó.

Se detuvo e irguió las orejas. Se oyó con claridad un aullido de lobo, alto y no muy lejano, seguido de otro, segundos más tarde.

<Otro lobo, ya van dos>, apuntó el yeerk. Sentí cómo entraba en contacto con los instintos sumergidos del lobo. ¿Qué querrían decir aquellos aullidos?

Un aviso, una advertencia para todos los otros lobos que estábamos por allí de que no nos acercásemos, o tendríamos problemas.

De pronto, me di cuenta del significado y me eché a reír.

<Ésta es una zona que nosotros conocemos muy bien —le expliqué— aquí fue precisamente donde estuvimos cuando nos transformamos en lobos y descubrimos...>

<¡Silencio! Ya sé lo qué descubristeis. ¿Cuántas veces he de repetirte que puedo leer tu mente?>

<Nos topamos con otra manda de lobos que se creían los amos del territorio —seguí, feliz de haber conseguido molestarle con mi charla—. ¿Oyes esos aullidos? Son mis amigos que están llamando a la otra manada. Así que más te vale acelerar el paso, yeerk, porque el gran macho que dirige la otra manada es un tipo duro.>

El yeerk empezó a correr, impulsando su cuerpo a toda velocidad y poniendo al límite su propia resistencia.

Los oscuros troncos de los árboles se convertían en borrosas pinceladas en el transcurso de nuestra loca carrera nocturna, seguidos de cerca por aquel coro de aullidos de lobos que no eran lobos.

Entonces, el viento trajo un olor nuevo, el olor a otro lobo, a un lobo macho.

<Si no me equivoco, aquí llega mi viejo amigo>, le anuncié entre risas.

El yeerk se detuvo.

Enfrente y entre los árboles, un par de brillantes ojos amarillos nos observaban fijamente y poco después toda una procesión. Eran en total cinco, cinco lobos de verdad. Todos aguardaban expectantes que hiciéramos el primer movimiento.

<¡Venga! —azucé al yeerk—, dale su merecido, claro que no hay que olvidar que es un lobo auténtico, un lobo macho y, para más señas, el jefe de la manada, lo cual significa que ha luchado cientos de peleas y, por supuesto, las ha ganado. ¡Adelante, yeerk! Cuéntale a él eso de que los yeerks son los dueños de la galaxia. Estoy seguro de que le dejarás impresionado.>

El yeerk vacilaba, su seguridad se esfumaba por momentos.

<Demasiadas especies en este maldito planeta —se dijo a sí mismo—. Todas mantienen un equilibrio y una conexión con el resto. Todas son presas y cazadores. Todo poder es controlado por otro poder. Todo privilegio conlleva una obligación.>

<Sí, la Tierra es un lugar duro.>

<Cuando conquistemos este planeta eliminaremos todas esas especies, lo simplificaremos. Las cosas serán más sencillas, mucho más sencillas.>

<Pues yo acabo de recibir una noticia de última hora para ti, yeerk. Me da la impresión de que no serás tú quién conquiste el planeta, sino éste el que te conquiste a ti.>

—Muy bien —dijo una voz humana— ¿Te has cansado ya de jugar? ¿Listo para volver a la cabaña?

Era Marco, descalzo y con su atuendo especial para transformaciones. Él había sido uno de los lobos que nos había conducido hacia la manada de lobos enemigos.

—Escuche, señor yeerk —prosiguió Marco tiritando—, hace frío y yo estoy congelado. Claro que no me extraña, con las pintas que gasto. ¿Sería tan amable de volver a la cabaña?

El gusano se enfureció de tal modo que por un momento estuvo a punto de saltar sobre mi amigo y destrozarle la garganta.

Pero justo entonces, y por detrás de Marco, se movió algo muy pesado. Era la versión ampliada de Rachel: enorme orejas de cuero, trompa y gigantescos colmillos.

Marco adivinó las intenciones del yeerk y le provocó:

—¡Adelante! Atrévete a dar un paso. Delante de ti, tienes una manada de lobos impacientes, por detrás, un elefante africano sorprendentemente rápido y, por si eso fuera poco, te espera alguna que otra sorpresa en el bosque. ¡Ah! Por cierto, Cassie debe de estar ahora mismo en alguna parte de tu cuerpo, chupándote la sangre, imagino, porque se ha convertido en pulga.

Existe una diferencia básica entre los humanos y los yeerks. Un humano lucharía aunque supiera que no iba a ganar. Quizá nuestra especie esté un poco loca, pero la historia ofrece miles de ejemplos en los que un puñado de hombres se han enfrentado

a todo un ejército, a sabiendas de que iban a ser barridos.

Los yeerks, en cambio, son muy diferentes. Para empezar, son despiadados, su crueldad no conoce límites. Sin embargo, a la hora de luchar, si ven que la cosa se pone difícil y no tienen nada que hacer, abandonan y esperan a que otros yeerks continúen por ellos.

Dos formas diferentes de mirar el mundo.

<Los humanos sois un atajo de inútiles —replicó el yeerk tras leer mis pensamientos—. Es una locura seguir luchando cuando saber que no vas a ganar.>

<Sí, somos unos inútiles y estamos locos —corroboré—, y por eso venceremos.>

El yeerk se transformó y adoptó forma humana, la mía.

Marco se adentró en el bosque, Rachel inició la retirada con un gran estruendo y al cabo de unos minutos, apareció un búho que nos guió hasta la cabaña.

A la mañana siguiente, cuando parecía que todos estaban distraídos, el yeerk lo intentó de nuevo. Esta vez se convirtió en hormiga y ya había avanzado casi un metro, cuando se encontró con un ejército de hormigas que no dudó en atacarle. Eran unas cuarenta contra él sólo. El ataque fue implacable, lo estaban despedazando, así que el yeerk no tardó en transformarse otra vez en humano.

<Éste es un planeta salvaje —murmuró—. Ya nos encargaremos nosotros de domesticarlo cuando caiga en nuestro poder.> Pero ya no parecía tan seguro de conseguirlo.

Fue un sábado por la mañana, a eso de las nueve, cuando el yeerk se introdujo en mi cuerpo y controló mi cerebro. Al lunes siguiente por la tarde, cuando el sol se estaba poniendo, el gusano empezaba a perder facultades, como si le costara concentrarse.

Para cuando la luna se alzó sobre la noche estrellada, el hambre había hecho ya estragos en el yeerk. Necesitaba con urgencia rayos kandrona de la misma manera que un humano necesitaría agua y comida.

Su arrogancia se iba evaporando lentamente y la desesperación ocupaba su lugar.

El pobre infeliz todavía fantaseaba con la idea de ser rescatado, pero le resultaba cada vez más difícil encontrar un final feliz. Aunque fuese rescatado, ya no sería el gran héroe que había capturado a los animorphs.

Por mucho que el gusano se devanara los sesos ideando formas de escapar y engañar a mis amigos, nunca podría saber a ciencia cierta qué nuevos peligros le aguardaban en el bosque, ni en qué forma se le aparecerían.

Probó una vez más la forma del halcón peregrino, puesto que su ADN no se había visto afectado por las heridas causadas por Cassie la vez anterior. El halcón estaba en perfectas condiciones y además era de día pero, sin perder un instante, Tobías aterrizó sobre el halcón cuando éste todavía no había alzado el vuelo y con una de sus garras le sujetó la cabeza y le dijo que, si no adoptaba de nuevo forma humana, le mataría.

<Si me matas, tu amigo morirá también>, lo amenazó.

<Sí —contestó Tobías—, ya lo sé.>

<No serás capaz.>

<Desde el principio todos hemos estado de acuerdo en una cosa: mejor morir que ser un controlador —le informó Tobías—, en cualquier caso no necesitaré matarte, me limitaré a sacarte los ojos y así, ciego, serás incapaz de volar.>

El yeerk se dio por vencido y volvió a convertirse en humano.

Esperamos pacientemente a que las horas transcurriesen. El yeerk todavía confiaba en que un milagro le salvaría la vida, pero el hambre que sentía era atroz y crecía por momentos.

<Si creéis que vais a ganar —me dijo con desprecio— estáis muy equivocados. Tu gente ignora lo que está ocurriendo y los andalitas no llegarán a tiempo.>

<Quizá tengas razón, pero tú no estarás aquí para verlo —le contesté—. Deben de ser las cuatro de la mañana, te quedan unas cinco horas. Tic-tac, tic-tac.>

<Eres cruel, humano>.

<No lo creo>.

<Sabes que me estoy muriendo y te burlas de mí.>

<¿Y qué esperabas, que llorara?>

<No —y se echó a reír—. Nosotros no ofrecemos compasión y tampoco la esperamos. Somos los señores del universo, conquistadores de los hork-bajir y...>

<Ya, ya, ya me sé esa canción del poderoso imperio yeerk.>

Después de aquel comentario, guardó silencio durante un rato. Me resultaba imposible dormir, estaba sentado, con los ojos abiertos y demasiado hambriento para relajarme. El hambre se iba filtrando en su mente y le retorció los pensamientos.

<El planeta yeerk es un lugar mucho más simple que éste. Más simple y elegante. No tendremos más de cien especies de animales. No como en la Tierra que debéis de tener un millón o más, ¿no? ¿Para qué quiere un planeta un millón de especies?>

No respondí. Se le acababa el tiempo, así que le dejé hablar.

<Los yeerks evolucionaron como parásitos y no como predadores. A diferencia de vosotros, los humanos, nosotros no matábamos para comer. Éramos pacíficos, nos limitábamos a utilizar diferentes especies como portadores y evolucionábamos al mismo ritmo que ellos. Con el tiempo, una de ellas, los gedds, evolucionaron más que los demás. Eran algo parecido a... un mono, supongo. Nosotros nos alojábamos en los gedds hasta que aparecieron los andalitas, todavía hay gente de mi planeta que sólo ha tenido como portador a un gedd.>

<¿Qué pasó con los andalitas? —le pregunté—. ¿Qué ocurrió cuando aparecieron vuestro mundo?>

<Claro, el andalita no os ha contado la historia, ¿verdad? ¡Qué lástima! Es una gran historia. Pídele a tu mascota andalita Ax que te la cuente alguna vez, pídele que te cuente lo que pasó entre los andalitas y los yeerks.>

<Algún día>, contesté. Hubiera deseado que el yeerk siguiera hablando, pero enmudeció.

Las horas pasaban. Un búho se marchó y fue sustituido por otro. La luna desapareció y dejó paso a la aurora. Podía sentir cómo todo el entorno se transformaba.

<Sí —convino el yeerk—, ya viene la aurora. Sólo quedan unas pocas horas. ¡Ahhh! —profirió un mudo quejido de dolor—. La fuga. Ya empieza.>

<¿La fuga?>

<Las últimas horas no van a ser muy divertidas, aunque quizás aprendas algo,

humano. Quizás aprendas más de lo que te imaginas... ¡Ahhhh!>

Yo presenciaba su dolor a distancia, era un mero observador. Me encontraba lo bastante cerca como para saber lo que estaba sintiendo, pero yo no sentía nada.

AL principio, el yeerk se vio sacudido por sucesivas oleadas de dolor. Moría de hambre y de sed en un lenta agonía.

El sol salió y Cassie entró en la cabaña, me miró y asintió:

—Está ocurriendo, ¿verdad?

Quería responder, pero mi voz no era todavía mía.

Cassie se acercó y se sentó a mi lado.

—Ax dice que esta parte es dura —continuó Cassie—. Recuerda que cuando todo acabe yo estaré a tu lado.

Me agarró la mano. Yo lo sentía y también el yeerk, pero él no rechazó aquel pequeño alivio aunque sabía que no iba dirigido a él.

Su mente se iba deteriorando y sus pensamientos se hacían cada vez más confusos, como un proyector que se desenfocara continuamente.

Contemplé imágenes de un lugar desconocido a través de unos ojos también desconocidos. Había líquido alrededor y formas que recordaban a la de un calamar dispersándose por el líquido, nadando y bañándose en rayos kandrona. Era el estanque yeerk.

También vi imágenes del primer portador, de un gedd o, al menos, eso creí, porque había visto alguno a bordo de la nave nodriza yeerk, aunque entonces no había sabido lo que eran. Eran humanoides, bajos y encorvados, con pies palmeados y tres torpes manos.

Estaba viendo el mundo como el yeerk lo había visto a través de los ojos de un gedd. Aunque la visión era turbia, percibía los sonidos con bastante nitidez. El yeerk estaba muy contento porque era su primer portador y porque había conseguido someter la mente del gedd con una facilidad asombrosa, aplastándola con una inteligencia y una voluntad superiores.

El recuerdo del gedd, su aturdimiento y miedo frente a la fiera arrogancia del yeerk me revolviéron el estómago.

Intenté distraer mi atención en el mundo que me rodeaba. Para mi sorpresa, empecé a notar que mis brazos y piernas temblaban.

Cassie me había rodeado con los brazos.

—Jake, si puedes oírme, son las ocho. Sólo queda una hora. Jake... el yeerk de tu cabeza se muere.

«Sí —quería decir—, se muere».

La fuga, las últimas horas de vida de un yeerk, y yo estaba allí, presenciando su agonía.

Me habían ocurrido muchas cosas desde aquella vez que vi al príncipe andalita en el recinto de obras abandonado donde había aterrizado su nave. Eran cosas que se salían de lo normal, que no suelen sucederle a la mayoría de las personas, pero lo que me estaba ocurriendo a mí en aquel momento era sin duda la más extraña de todas, y también la más triste.

El yeerk bramaba de dolor y a mí me llegaban visiones de los buenos momentos en la vida del yeerk y también de los malos. Las sensaciones resultaban muy raras, extraterrestres. Sí, ésa era la palabra. No había ningún recuerdo de amor, por ejemplo, y es porque los yeerks, imagino, son incapaces de amar. En cambio sí conocían el afecto, orgullo, miedo, arrepentimiento, sentimientos que yo compartía.

Aparte de los del propio yeerk, empecé a visualizar los recuerdos de los que habían sido sus portadores. El gedd, cuyo nombre era impronunciable para un humano; el guerrero hork-bajir enfrentándose día tras día al yeerk alojado en su cerebro. Este último, convertido a la fuerza en esclavo de los yeerks, había sido obligado a atacar a su propio pueblo y liquidar a sus amigos.

Sin embargo eran más que simples recuerdos. Mucho más. El yeerk había incorporado a su propio ser una porción de vida perteneciente al guerrero hork-bajir. Al igual que un ordenador cuando transfiere un documento a un disquete, algunos contenidos del gedd y del guerrero hork-bajir habían sido transferidos al yeerk para siempre.

Me horrorizaba pensar que era yo quien recibiría toda esa información irremediabilmente.

Y de pronto aparecieron los recuerdos que más temía, los recuerdos de Tom.

Se había apuntado a La Alianza por una razón bastante tonta. Le gustaba una chica que frecuentaba la asociación y para verla más a menudo empezó a asistir a las reuniones, que no le interesaban en absoluto aunque lo disimulaba. Nunca sospechó nada y su único propósito era estar cerca de aquella chica.

Un día se tropezó por casualidad con una reunión secreta de líderes. Tom pensaba que la chica estaba saliendo con otro así que la siguió y se coló en la reunión, donde vio por vez primera a Visser Tres con su cuerpo de andalita y descubrió que su amiga era uno de ellos.

Los controladores se percataron enseguida de la presencia de mi hermano, lo golpearon y lo ataron. Después lo condujeron por unos pasadizos secretos hasta el gran estanque subterráneo de los yeerks.

Oí sus gritos al darse cuenta de lo que estaba pasando, sentí su miedo y su rabia

cuando uno de los gusanos le atravesó el oído y le envolvió el cerebro. Y sentí todo el terror de su desesperación.

Como antes ocurriera con el gedd y el hork-bajir, los recuerdos de mi hermano habían pasado a formar parte de mí.

El yeerk parecía haber dejado de sufrir, era como si hubiese alcanzado otro estado, más allá del dolor.

Abrí los ojos y miré a Cassie. Sucedió con toda naturalidad: sí, había abierto los ojos por propia voluntad.

No me explico cómo mi amiga lo había adivinado, pero el caso es que lo sabía. Asintió y me miró.

El yeerk de mi cabeza me habló por primera vez después de una hora:

<Has... ganado, humano>

El gusano se estremeció y yo sentí un pequeño espasmo, entonces mi visión cambió. Es muy difícil describirlo, pero era como si pudiera ver las cosas en su totalidad, desde todos los ángulos a la vez.

Y de repente vi al gusano. Una combinación de criatura y máquina, sin brazos. Se había quedado sentado, incapaz de moverse, parecía descansar sobre un pedestal a miles de kilómetros de altura.

Su cabeza se componía de un solo ojo que se movía a izquierda y derecha, lentamente.

Yo temblaba y rezaba para que no me mirara pero, justo en ese momento, lo hizo.

Aquel maldito ojo sangriento me vio.

«¡No! ¡No! ¡No!», grité horrorizado en silencio y aparté la vista.

Cuando abrí los ojos de nuevo, todo lo que vi fue un extraño resplandor que se iba apagando poco a poco.

Yo no podía dejar de temblar.

—Todo ha terminado, Jake —me tranquilizó Cassie.

Me incorporé despacio y moví las piernas. Por fin, había recuperado el control sobre mi cuerpo.

Entonces, miré al suelo de la cabaña y allí, tirado, había un gusano grisáceo que no llegaba a los diez centímetros de largo... se estremecía y temblaba, hasta que se desintegró por completo.

—Jake, ¿te encuentras bien, cielo? —me preguntó mi madre aquella noche mientras cenábamos.

Levanté la cabeza. Me había quedado mirando fijamente mi plato de pasta con atún.

—¿Qué? —pregunté.

Mi madre y mi padre intercambiaron una de esas miradas de preocupación típicas de «padres preocupados».

—No has comido nada, ¿es que no te gusta?

—Lo siento —contesté y me encogí de hombros—, ya lo creo que me gusta, está muy rico, es que estaba... distraído.

—Pues vaya diferencia con las noches pasadas —añadió mi padre—, por poco acabas con toda la comida que había en la casa.

—¿Sí?

—Ya, claro —apuntó Tom arqueando una ceja—, ahora di que es mentira. Para tu información, hermanito, anoche te sentaste ahí y te zampaste seis trozos de pollo sin dejar de repetir lo bueno que estaba, después de tragaste un pastel entero que se suponía que era para los cuatro.

Disimulé una sonrisa. Había sido Ax, por supuesto. El andalita se había hecho pasar por mí durante tres días, dos horas cada día, y habíamos olvidado que cuando Ax tiene cerca comida es un peligro. Para él el sentido del gusto resulta algo asombroso. Ni se os ocurra interponeros entre el andalita, cuando se transforma en humano, y una tableta de chocolate o, lo que es lo mismo, un pastel.

—Te comportaste como un auténtico cafre —prosiguió Tom—, pollo, maíz, patatas y no dejabas de decir: «patatas. Atas. Tas». Por un momento pensé que te habías vuelto loco.

«¿Y no sospechaste nada, yeerk?», pensé mirando fijamente a mi hermano, que tenía otro yeer instalado en la cabeza, otro arrogante señor de la galaxia.

Mi hermano estaba atrapado en algún rincón de su mente, capaz de oír y de sentir, pero absolutamente incapaz de hacer nada. Yo lo sabía.

Esa noche no dormí mucho porque tenía miedo de soñar con aquel ojo que me observaba desde otro universo. Me daba miedo sufrir horribles pesadillas. Pero aquella noche tuve un único sueño que además ya me era familiar.

Yo era el tigre y mi hermano la presa, pero al final yo me convertía en mi hermano y él en mi.

Esa misma noche, en las noticias, hablaron del cierre del nuevo hospital. No dieron ninguna explicación, pero yo sabía lo que había ocurrido. Les habíamos estropeado el plan a los yeerks y éstos se habían dado cuenta de que lo conocíamos.

Había sido una victoria para nosotros, sin embargo no había tiempo para celebraciones, intuía que Visser pondría todo su empeño en capturarnos.

Al día siguiente hice algo bastante estúpido, al menos eso fue lo que Marco no se cansó de repetir. Aun así no se opuso demasiado porque lo comprendía.

Quedamos en vernos en el granero de Cassie. Quería usar el teléfono del padre de Cassie para hablar con Tom y comunicarle un mensaje muy especial. Pero antes me transformé parcialmente en lobo, sólo cambié la forma de mi boca, la lengua y la garganta para distorsionar mi voz y que ésta no pudiera ser reconocida.

—¿Diga? —contestó Tom.

—No te rindas, Tom. No te rindas nunca.

Colgué antes de que él pudiera responder.

—¿Crees que Tom... el Tom real... lo ha oído? —preguntó Rachel.

—Estoy seguro —contesté.

Me preguntaba si mi hermano tendría la fortaleza necesaria para resistir.

Pero yo ya sabía la respuesta. Veréis, ahora guardaba una parte de mi hermano en mi mente, junto con los ecos de un hork-bajir muerto hacía tiempo, un gedd e incluso de un yeerk con sus sueños de gloria.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Ganaremos? —preguntó Marco esbozando una de sus sonrisas irónicas.

—Éste es un planeta muy complejo, Marco, al menos eso es lo que dicen, un universo imprevisible donde puede pasar cualquier cosa.



KATHERINE ALICE APPLGATE. (Michigan, 19 de Julio de 1956). Es una autora americana bien conocida por sus exitosas sagas *Animorphs*, *Remnants* y *Everworld* entre otras sagas, si bien algunos de los libros de dichas series fueron coescritos por autores fantasma.

Ganó el *Best New Children's Book Series Award* de la revista *Publishers Weekly* en 1997, y su libro *Home of the Brave* le ha brindado dos premios más. Para más información, visita su web personal en <http://www.katherineapplegate.com/>.